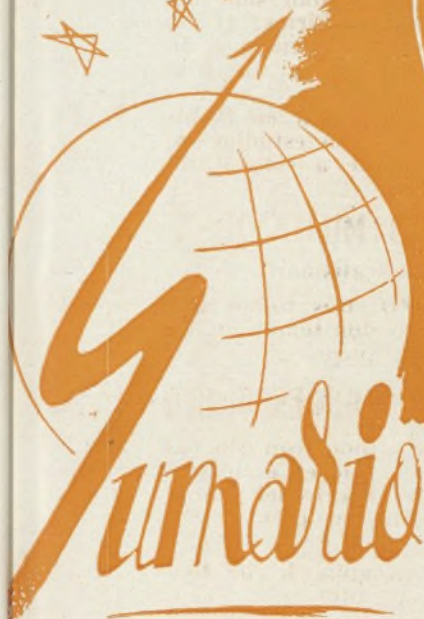


# GENII

*sociología*  
*ciencia — literatura*



Nuestra portada: Miguel Serret. — Héctor: Rafael Barret en el pensamiento anarquista. — J. Puig D'Aguilera: Problemas humanos. Inconveniencias y grados de la vida llevada en común. — André Prunier: Verdad, Justicia, Libertad. Búsquedas metafísicas. — José Peirats: Ensayos. ¿Existe un anarquismo científico? — Ugo Fedeli: La rebelión de Cronstadt. II. Complicación de los acontecimientos. — Germen: Biográficas. Percy Bysshe Shelley. — Hem Day: Arte. El arte y el pueblo. — Eugen Relgis: Encuesta América-Europa. — Fontaura: La vida de los libros. Simone Weil y la técnica. — Redacción: Panorámica internacional. Ojos y oídos del mundo. — Enrique Ruiz de la Serna: A ejemplo de los árboles desnudos.



Febrero  
1952

14

REVISTA MENSUAL



# NUESTRA PORTADA



Miguel Servet, según un grabado de la época. Sabio librepensador español. Nació en 1509 en Villanueva de Aragón; Imbuído de las ideas de la reforma viajó por Europa. Fué doctor en medicina en París y en Lyon. El pensamiento crítico de Servet iba más allá de los cálculos del protestantismo. Este fué en sus orígenes una simple querella entre ciertos príncipes y el papado. Príncipes y papado habían entrado en colisión por competencia de jurisdicciones y de Poder. A la salida de la Edad Media empezaron a perfilarse los grandes reinos con sus respectivos Estados, y el Poder temporal y espiritual del Papa y de la Iglesia era hasta cierto punto un estorbo para las apetencias absolutistas de los príncipes reinantes. La Iglesia sirvió siempre los intereses coronados contra los humildes, pero quería conservar su absoluto poderío medioeval. Y un Poder no admite nunca la competencia de otro Poder. La lucha entre el Poder principesco y el eclesiástico era, pues, una lucha entre Poderes. El Poder del príncipe se apoyó en los destellos del librepensamiento, pero ambos, Monarquía y Papado, tenían en el fondo intereses comunes. Los príncipes del Estado aspiraban a una colaboración de la Iglesia para sus fines de dominación temporal; la Iglesia aspiraba ella misma a un dominio espiritual y temporal a base de subordinación de los príncipes. He aquí los orígenes del conflicto que ensangrentó todo el siglo XVI.

Como movimiento de ideas, el protestantismo consistía en meros reparos sobre cuestiones de dogma. Pero el dogma quedaba en pie. Lutero y Calvino fueron forzosamente unos reformadores autoritarios y sanguinarios, pues tuvieron que hacer frente a las corrientes de reforma que tendían a desbordar los cálculos moderados de los príncipes y de los reformadores oficiales. Miguel Servet es uno de los pocos reformadores científicos del dogma religioso. No había en sus doctrinas una percepción de forma sino de fondo. Era ante todo un hombre de ciencia más bien que un teólogo, pues se atribuye a Servet la primera idea sobre la circulación de la sangre. Este descubrimiento equivalía a la puesta en duda del alma y un anticipo de las modernas teorías fisiológicas.

Adversario Servet del principio de la Trinidad, que aceptaban los demás reformadores, expuso sus ideas en dos ensayos publicados clandestinamente: «De Trinitatis Erroribus» (1531) y el «Dialogi de Trinitati» (1532). Redactó en 1533 un libro («De Christianismi Restitutione») donde se ponía en duda la misma divinidad de Jesucristo. Calvino condenó sus opiniones y lo denunció al arzobispo de Vienne. Fué Servet detenido pero consiguió evadirse y buscó refugio en Ginebra, donde lejos de protegerlo, el mismo Calvino le acusó de hereje y consiguió hacerle quemar vivo el 26 de octubre de 1553. Se debe a Servet una primera edición de la «Geografía» de Ptolomeo y una «Biblia Latina» en comentarios nada ortodoxos (Lyon, 1542).



### RAFAEL BARRETT *en el pensamiento anarquista*



A anarquía no es un punto de llegada, sino un punto de partida. Es una fuerza dinámica, se integra constantemente rompiendo moldes. Ahí donde todo parece arremansar, conformarse, donde la mayoría considera haber hallado una estabilidad, un equilibrio y se abandona placenteramente, ahí la anarquía irrumpe y tiende a librar el deseo aquietado, a infundir un más, siempre un más. Donde termina el sindicalismo, el comunismo, el federalismo, el colectivismo, el individualismo, comienza la anarquía. Todas esas no son más que apreciaciones parciales de un total que no abarcan. La vida está más allá de estas posibilidades. Es siempre nueva en cada hombre, siempre distinta en cada manifestación. La realidad no se sujeta a ningún «ismo». Apoltronarse en uno, es reducir, achicar la vida a términos espiritualmente carcelarios, sofocantes, y no comprender nada del maravilloso y polifacético mundo en que actuamos.

Dentro de este sentimiento, de esta interpretación surgida de ahí, situamos el ideario de Rafael Barrett. Mustrario multiforme, armónico y equilibrado, de un mundo interior con muchos vértices, se nos descubre pleno y febril, comprensivo y tierno, sincero y apasionado.

Su suprema intuición: «La vida es un arma»; su fecundo interrogante: «¿Dónde herir, sobre qué obstáculo crispar nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos?», lo eximen de estrecheces de espíritu, puesto en guardia frente al absurdo de la forma rígida, programática, celular, en su doble acepción de encierro y uniformidad.

«Poner pié en la playa virgen—dice—, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de la forma nueva: he aquí lo necesario. Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que

copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes». ¡Cuánta verdad imponderable! Explicarla es negarla, estropearla con nuestro retaceado entendimiento. Hay que sentirla para percibir toda su realidad, su furioso afán de vida libre. ¡Ay de los que se espanten! Habrán de confesar su desconfianza en el hombre, su secreta inquina a las manifestaciones ilimitadas. «Vengan los monstruos si son jóvenes». Sí, que la vida resplandezca y se renueve; que avance sin cálculo ni medida; que se dé fecunda y prometeica en cada aventura humana; u oscura, sórdida y tirana, pero lozana en su autenticidad sin subterfugios. Esto es elemental, básico, para cualquier intento de real convivencia. La sinceridad. «Pero el débil no puede ser sincero. La sinceridad atrae el rencor, el rencor general provoca lo imprevisto. Sólo el fuerte resiste y ama lo imprevisto. La salvación del débil está en no distinguirse». Así se amuran en torno a las ideas consagradas, a los catecismos oficializados. Pero lo trillado es la muerte. Y cada hombre es capaz de agregar un tono vivo, distinto, a este aquellarre social donde todos se aturden y se confunden, exentos de personalidad, o temerosos de diferenciarse. En cada hombre hay una chispa de genio, una fosforescencia ígnea, hermana de la gran llamarada nuclear, madre de la energía y del movimiento. La cuestión estriba en tener conciencia de ella, para ponerla en marcha, para diferenciarla de la que responde a leyes físicas. Nosotros no elegimos el rumbo, pero podemos desarrollarlo. Crecer en él hasta superar la medida de las cosas, el odioso sentido común, el obligado lugar.

«La vida es la conquista del medio, la transformación de lo exterior por el genio interior». Si, somos enteramente dueños de nuestra vida. Mentira los que postulan que la Regla nos reduce al extremo de impedir todo florecimiento en nuestro espíritu. El hecho de que una gran mayoría no atine a un gesto, no prueba nada. Que el supuesto



orden se cimente en la cerviz arqueada de millones de seres, tampoco. El hecho plausible y verdadero, de que nos hallamos sustraídos a ese medio de cobardía y obsecuencia, es ya una promesa. La contrariedad que presupone alentar en un medio hostil, que se cobra inquisitorialmente la divergencia funcional entre él y el individuo, y a pesar de ello seguir insistiendo en la personal interpretación, es modificar de hecho la agobiante nivelación: es constituir un fondo de reserva para la existencia saludable, renovadora y vital de la persona humana. «Siento que soy indispensable a un plan desconocido, y que debo entregarme heroicamente», afirma Barrett confiado, en su ensayo sobre la «Filosofía del altruismo», y agrega: «Descubrir la energía interior (es decir, tener conciencia de ella), y entregarla para renovar el mundo; he aquí el altruismo».

Su sentido de fe, es personalísimo. No comete la aberración de empecinarse en una fórmula, a la manera tolstoiana, y medirlo todo con la vara del bien o de cualquier otra sublime abstracción. Es mucho más comprensivo. El, que ha dicho: «No comprendemos todavía. Sólo nos es concedido amar». Su entrega tiene la lucidez del hombre que no se ha enamorado de una imagen y la sirve aunque violenta la más íntima naturaleza. La caricia es importante, pero el hombre no es sólo eso. Comprenderlo es decisivo. El rechazo también es valioso.

«Un anormal, indigente y vagabundo, es excusable; quizá tenga razón en lo que ejecuta. Pero si el bandido está sentado en un trono, hay que bajarlo a tiros», y aún más: «No hay verdadero amor a los hombres donde no hay cólera contra la estúpida injusticia de los dolores humanos». No se refiere al dolor, necesidad perenne del espíritu, sino a las causas exteriores y arbitrarias que lo provocan. Más que con la razón, «La razón será lo que se quiera, menos un motor», Barrett dilucida sus conflictos morales en la intimidad de su poderosa intuición. Es más comprensivo que sectario. La realidad, lo que se mueve en nuestro mundo sensorial, gravita en su ánimo con mucha más fuerza que el metafísico impulso, hijo del razonamiento y que induce a la abstracción. «¿Cree usted—dice—, que el instinto de conservación que nos impulsa a separar, a despedir de nuestra sociedad ciertas monstruosidades, no es tan real y tan práctico o más que su instinto de crítica y de especulación? Antes de clasificar a las víboras se las aplasta». Tan fundamental como amar, es rechazar. ¡Cuántas veces tenemos más bien noción de lo que no queremos, que de lo queremos! ¡Cuántas veces también la negación es el camino de la afirmación! (La amargura no es un sucedáneo del no querer. El no querer es una consecuencia de nuestra energía volitiva y hasta de nuestro instinto de selección. Es fuerza que se expande, que se manifiesta como un ariete y al que hay que oponerle algo más que indiferencia. La amargura, en cambio, es el renunciamiento de la confianza, la corteza del escepticismo. Ahí la vida se marchita, pierde su poliformidad, para convertirse en una odiosa aberración.)

Para que nuestra voz tenga el timbre exacto del hombre, para que no la copen las abstracciones, debe aplicarse a oír y reconocerse a sí misma, primero que nada. Es inexplicable un humanismo, o un socialismo, no emanado de la entera conciencia de la personalidad. Yo soy importante y fun-

damental. Esto es inapelable. «De la adoración de la propia obra, nos elevamos al culto de la obra colectiva.» No antes, que entonces es falsa y equivoca nuestra posición. Falsa, por no poder sustentarla con la realidad de nuestra vida plena y consciente, y equivoca, porque para que mi relación social no columbre vaguedades, es imprescindible que yo reconozca en mí igual, por lo menos, la posibilidad de mis propias aptitudes. ¿Y cómo habría de hacerlo desconociéndome? «Si no nos poseemos—dice Barrett—no poseemos nada, y los que no se poseen se mueren por palpar lo que es imposible poseer». He aquí, una clara manera de partir de lo simple a lo compuesto, sin románticas postulaciones. Objetivizando la realidad. El individuo fuerza motriz de la vida humana, partiendo de sí, para crear la vida societaria. Y esta partida, entrega la denomina Barrett, es una necesidad insoslayable en el hombre insurrecto. Pero insurgir, plantar la personal opinión, no es juego de niños, sino esfuerzo de hombres. Estremecido, doloroso, angustiante esfuerzo, en el que nuestra vida cobra una dimensión impensada. Cobramos conciencia de la horrible deformidad de la torturada mueca humana, amasada en todos los bajos fondos del mundo y frustrada antes de vislumbrar un rayo de luz. Desde el Estado, cueva de imbéciles satisfechos, hasta el arroyo humano, vía de resentidos; desde la fábrica moderna, hasta el tugurio del sastre o el zapatero; desde el paseo suntuoso de la Quinta Avenida, hasta el barrio chino en Harlem. Toda la fiebre contenida, la impotencia postergada, el brillo cesáreo, la infalibilidad del perno, se arraciman en un nudo de angustiantes contradicciones y ponen sobre la vida el sintoma primero: el dolor. «Sin duda sería mezquino y vano pretender vivir sin dolor, nada tan despreciable como el ser que consiguiera mantenerse indiferente o satisfecho ante el espectáculo de las cosas. El dolor es un elemento normal en el mundo».

¡Qué lejos estas palabras de la prédica fácil, arrebañadora, del halago taimado, de la promesa demagógica, de la extasiada y empalagosa felicidad! «El dolor es un elemento normal en el mundo». Sólo a través de él llegamos al fondo, a lo hondo, a lo vivo. Es el crisol donde fundimos nuestra superficie acicalada y descubrimos el monstruo inesperado que nos ayuda a comprender. Quemamos cápsulas de vida, sí; pero sin gastarnos, sin trabajarnos, no se nos revelará jamás aquello que espera nuestra lágrima fecunda para germinar. Son instantes fugaces en nuestra vida. No estamos capacitados para sobrevivir el trance sin término de la suprema lucidez. Pero hacia ella vamos con un fatalismo consciente, hermano de la aventura y de la conquista. Es una playa sin horizontes lumináres, en la estupenda seducción de esporádicos alumbramientos, en los que creemos alcanzar la meta. Un coro fascinante, el de nuestras contradicciones; una cuerda vibrante de melodías nuevas, jamás oídas; y un disco rojo, en lo alto, templando la sangre, contemplan este paisaje de hombre que comienza a comprender.

Vértice culminante en el ideario de Barrett, su preocupación por él, lo lleva a enriquecer todos los caminos que transita. Así su glosa, indefectiblemente, gotea por su herida siempre abierta—su alerta sensibilidad—haciendo suyo, es decir del hombre, cuanta miseria o resplandor sacudan



la tierra. No se dogmatiza, no se cierra, sino que trata de comprender. Por eso se siente tan cerca su mensaje. Más que la idea, lo mueve su fidelidad, su ternura, su cordialidad, hacia todo lo que lo circunda. Hasta cuando denuncia el «Dolor paraguayo», o «El terror argentino», se arma de ira ante los poderes más que por la arbitrariedad que representan en tanto que gobiernos, por la soberbia de los hombres que los constituyen, ajenos al dolor. No agita teorías, «slogans», premisas, no catequiza. Todo lo hunde en su carne, lo tamiza en sus nervios y luego lo vierte como un pedazo de sí mismo. «Pluma, clávate hasta el mango»; es él quien se la hiende en sí mismo, para extraer sus jugos más reales.

Esto de la realidad, fué otra de sus hermosas inquietudes. El mundo de lo real y de lo verdadero, del espíritu y de la materia, de la ciencia y de la conciencia. Escuchémosle:

«¡Desvariados! De tanto mirar por el vidrio de vuestros microscopios y de vuestros telescopios tenéis la mirada de los difuntos. Analizáis maravillosamente lo automático. No veis más que lo verdadero, y se os escapa lo real. Creéis tocar la sangre del universo, y no palpáis más que su osamenta. ¡Archiveros de leyes, pendolistas de la experimentación, qué regocijo el vuestro cuando la materia comparece ante vosotros y obedece el código de vuestros cálculos!; y agrega: «No quiero imitaros; no quiero obedecer; no quiero repetir. Estoy vivo: soy lo nuevo. ¿Qué tengo yo que ver con las leyes? Amontonadlas, juristas: no avanzaréis ni un palmo hacia mí».

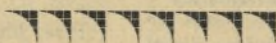
La libertad, el ser libre, es la llave segura de

que se vale Barrett, para abrir todas las trampas de la lógica. No es cautivo más que de su deseo de irrumpir, de afirmar lo nuevo, así sea una barbaridad. ¡Tan grande es su fervor por la vida! Para los estatutarios de las relaciones humanas, los que la matan al fundirlas en formas rígidas, la personalidad diferenciada, es ya una monstruosidad. Pero Barrett, aunque implica en su concepto esta contingencia, no se reduce a ella. Su fervor lo impulsa hacia lo desconocido, lo imprevisto. ¿Y quién que no fuese un pedante, osaría vaticinar lo que esto es? La libertad es el medio que ejercemos para acercarnos a esos abismos de luz, vamos hacia ellos confiados y alegres, pero también sobrecogidos y a tientas. ¿Qué es la Revolución sino un misterio, hasta el instante de estallar y revelárenos? «¿Despertaré mañana asesino o santo?» Lo normal, no es más que una convención establecida accidentalmente. A cada minuto bordeamos lo irreparable.

De cuanto llevamos dicho, se infiere qué lejos de nuestro ánimo la intención de repetir a Barrett. Demasiado viva es su lección—llegó al anarquismo no a través de ningún texto—para no apreciarla. Tampoco se ha pretendido agotarlo: su obra es un venero de ideas, un constante fluir de emociones. Si lo recreamos aquí, es por considerarlo cardinal, por su intención, para todo intento de renovación. Para partir de ahí, resorte multiforme, inquieta perspectiva, aguda penetración, hacia nuestro mundo propio, exorcizado por la limpieza de su pensamiento sin supercherías.

Barrett ayuda a comprender.

HECTOR.



Gravoso sobre los sujetos, envidioso del vecino, el Estado es opresión en el interior y guerra en el exterior. Con el pretexto de ser el órgano de la seguridad pública, es por necesidad expoliador y violento; y con el pretexto de custodiar la paz entre los ciudadanos y los partidos, es provocador de guerras vecinas y lejanas. Llamad bondad a la obediencia, orden al silencio, expansión a la destrucción, civilización al disimulo. Como la Iglesia, es hijo de la común ignorancia y de la debilidad de los demás. A los hombres adultos se manifiesta tal cual es: el mayor enemigo del hombre desde el nacimiento a la muerte.

Cualquier daño que puedan los demás derivar de la anarquía, será siempre menor que el peso del Estado sobre el cuello.

Sienten los hombres este peso, y al cambiar la forma del Estado periódicamente, se dan cuenta de **mutare clitellas**: la forma cambia el volumen, pero no disminuye el peso. Y este cambio de formas podía tal vez ser bueno con respecto a reivindicaciones especiales; pero cuando no se lucha ya por este o aquel derecho o deber, sino por la suma de los derechos y de los deberes, todas las formas quedan superadas y el Estado resulta menor que el fin.

Contra el Estado tiran los anarquistas y no retornan a la teoría de Rousseau: no intentan re-

hacer la naturaleza, sino interpretarla, porque afirman que el orden natural está en la anarquía. Así como las moléculas, por ley de afinidad y de cohesión, se organizan, de igual modo se organizan los hombres, los cuales no necesitan de ningún poder opresor para vivir en sociedad. Precisamente porque el Estado es uno, es más homicida. Dejad a los hombres entregados a sí mismos, y cada uno se defenderá y defenderá a los demás, mientras que al presente deben guardarse del Estado.

**Quis custodiet custodem?**

Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía camina la historia. El pensamiento de cada hombre es autónomo, y no obstante todos los pensamientos individuales se van organizando en un pensamiento colectivo que mueve la historia. Y hacia la anarquía visiblemente camina la historia, agotando la vitalidad del Estado y descubriendo cada vez más la antinomia insuperable entre el ser del poder central y la libertad del hombre.

Justificad el Estado como queráis; consagradlo, trasladando a él el Dios de la Iglesia; hacedlo gibelino, gibelino, burgués, teocrático, monárquico o republicano: siempre os daréis cuenta al fin de que tenéis al cuello un tirano contra el cual protestaréis de continuo en nombre del pensamiento y de la Naturaleza.

Juan BOVIO.



# PROBLEMAS HUMANOS

## INCONVENIENCIAS Y GRADOS DE LA VIDA LLEVADA EN COMUN

### I



OS sátrapas que por un cierto espacio de tiempo han regido por la violencia y la coacción más desenfundadas la vida de los pueblos italo y germano, llegaron, en su soberbia ignorancia, a suponer que mediante altaneras propagandas se distanciaban del comunismo bolchevique, cuando en realidad, en muchos aspectos se identificaban con el mismo. La presión de su Estado respectivo constantemente y metódicamente ejercida sobre lo que en democracia se ha entendido ciudadanía, iba convirtiendo al ciudadano en vasallo, en ente, en molécula mecánica, que es el fin que al parecer tienden los creadores y dueños de la U.R.S.S. Franco, el general frío, y germanizado, clericalizado hasta la médula, se repite constantemente en la promesa antibolchevique, siendo posible que repitiéndose sistemática y cansina entrañe en él la convicción de que sus gestos de monigote mecánico sean inspirados por la mecánica estatal de la Unión Soviética. Puede existir de momento, diferencia de idealidad entre la Rusia comunista y la España falangista. Pero en definitiva, la esencia totalitaria de ambos Estados, la trituración de los valores morales que ambas dictaduras están consumando desde hace años, conduciría, de no mediar una revolución salvadora o una transformación profunda, a una lamentable y pareja consecuencia: a la desvalorización absoluta del valor hombre, al triunfo, quizás definitivo, de la aberración estatal por encima de las mudas y sabias disposiciones de la Naturaleza.

### II

Tal como concebimos hoy la vida, la pervivencia en común se considera una necesidad, y, dado el estado de atraso en que se encuentra el ser humano, es posible que esta necesidad sea verdadera. Antaño, cuando nuestro antecesor el antropoide se servía a sí sólo directamente de la Naturaleza, el deseo de sociabilidad no tenía justificación posible, y aún es fácil creer que se le considerara una sinrazón y una absurdidad. En la ultracivilización que se prepara, cuando la maravillosa mecánica de hoy aparezca herrumbrosa en obligado homenaje a lo supersónico que ahora nace y a la utilización de las energías siderales, bien podría ocurrir que la abundancia de elemento comestible y la facilidad de traslado por medio dinámico propio, devuelvan al individuo la libertad intrínseca que le habrá sido conculcada durante 20.000 años, siglo más siglo menos. Entre tanto, el pobre animalito humano se irá desarrollando en sentido inverso, se irá encogiéndose en carne y

en espíritu para proporcionarles grandes satisfacciones a los estadistas fastuosos, diríamos olímpicos, en gracia a sus saberes en dominación y despotismo, al dominio perfecto de monstruosas multitudes que estando domadas se consideran libres, o que estando fuertemente encadenadas se estiman en amplitud de gesto y destinadas a cumplir el ciclo más heroico y provechoso de cuantos hayan plantado jalón en la historia de la Humanidad.

Hasta que la ciencia acabe con ella misma o con el ser que tan inconscientemente la conduce, o hasta que la infinita multiplicación de beneficios producidos por aquélla inutilice la fuerza artificiosa del Estado y coloque sobre el recuerdo de un amargo pasado las cenizas desprendidas de media docena de siglos.

### III

Pero librémonos del vértigo futurista para aterrizar en la actualidad dominante. Los hombre ahí están y deben vivir y reproducirse de cualquier modo, amontonados sin duda. Llamaremos a eso sociabilidad y no ofenderemos a los extraños obreros que se dedican a la fabricación de leyes.

El simbolismo de esta agremiación forzada, irrecusable, será uno y único: el cucharón, ¡y guay del insubordinado que se aparte de esta humeante batuta! Conocerá los retortijones de estómago, los estragos que causarán sobre su piel implacables cucharones, y la muerte prematura. ¡Ay del que se descucharonice! Jesucristo, que lo sabía todo y al parecer lo dijo todo, se olvidó de esta sentencia: «Descucharonádoos habéis, pero por el estómago pereceréis».

Pues, ¿no es ésta la moral que se desprende de la sopa tradicional servida en la puerta de los conventos? ¿No comprende este terrible acto de caridad basado en los mendrugos colectados en casa de ricos, la reunión de todas las injusticias en una, la quintaesencia del mal obtenida por la quiromancia frailuna y contenida en el fondo escaso y maldito del cazo caritativo?

Dominar a la gente por hambre, he ahí la más infame de las tiranías, la negación evidente del cristianismo, del marxismo y de todas las civilizaciones hasta ahora conocidas. Cuando una teoría, por sabia y honesta que parezca, deja en pie la posibilidad de dominar al ser humano por el recurso de la desnutrición forzosa, esa teoría, tras estar destinada al fracaso, contiene un poso de maldad que la convierte en triturable. Cuando la Naturaleza nos da la vida, implícitamente nos considera en posesión de un derecho: el de darle, a nuestro organismo único, elemento de subsistencia, y ese está por ahí floreciente, o aguar-



dando que se le haga florecer, lección de lógica que impele—no obliga—a producir para obtener, a mover los brazos, a ejercitar el ingenio para que lo limitado se multiplique hasta llegar a la despreocupación por la abundancia.

Este camino ha sido torcido, abrojado por mentalidades torvas, por sujetos ávidos de desarreglo para imponer su personal autoridad. Sometida a los gobernantes, la sociedad es jardín de sufrimientos, campo de experimentación de las maldades humanas. No se está actualmente en la verdadera vía, no se ha recobrado el sentido de andar. La sociedad se pudre estancada en el laberinto del Estado, y el comunismo hiede a sopa de convento, de cuartel, de cárcel, de prostíbulo y de *isba*. Sin adición aireante, sin promesa de porvenir, el vocablo *comunismo* acompaña a la perdición de los hombres, a su total extravío, para que, perdidos en la selva de las perfidias y de las ruindades, se devoren unos a otros o sean devorados por los más fuertes y taimados, que suelen ser, en todas las ocasiones, los más voraces y crueles.

## IV

La sopa comunista rige las instituciones monásticas por encima de las preocupaciones espirituales, que desde la parte de acá del muro se nos antojan enfermizas y disparatadas. La sopa interior de los conventos, racionada en sube y baja según categorías y no según capacidades intestinales, es el instrumento rector de toda disciplina. Sin puchero no hay rezo, ni meditación, ni pánico infernal o celeste; sin puchero no hay abad que engorde ni iniciado que masculle. El refectorio, signo de domesticación, está antes que el altar, siguiéndole en fuerza la campana, signo de dominación; luego el rosario, instrumento de renunciación, y la disciplina y el cilicio, medios de exaltación de los sentidos que se estima mutilar, castrar, aniquilar...

El monje raso debe sufrir la autoridad del jefe inmediato y éste la dominación inquisitiva del prior. La renuncia del goce de la vida se transforma en deseo de pervivir en la tierra para mortificar al inferior en nombre del cielo. El mortificado sin posibilidad de réplica se venga en el recién llegado, que confía sus cuitas a una imagen de mujer que no le escucha, pero que es imagen de mujer, de madre como la suya.

La vida interior de los conventos se rige innegablemente por la norma común, comunista, sin que este triste comunismo sea social por falta de mujeres, de hijos, de amigos, de seres concitando, con su amable presencia, al gozo y a la sonrisa inefable. La vida atroz, perversa, de las comunidades religiosas, inspira recelo, piedad, curiosidad o repugnancia, según sean los casos descubiertos; pero jamás simpatía, ni menos deseo de emulación para mejor conducir la relación de los hombres de la calle. Cuando la voz pública se expresa con referencia a la vida de clausura, siempre lo hace prevenida, condenatoria, y no le falta razón para producirse en tal sentido. La verdad y la decencia no necesitan muros impenetrables ni cancelas blindadas, puesto que el misterio ha sido siempre cómplice de las escenas más vergonzosas y de las más odiosas violencias.

El comunismo religioso lo tiene todo de inquisitorial y nada de humano ni de divino. Anacrónico, la sociedad no puede inspirarse en el mismo cuando efectúa tanteos para dar con la vía del porvenir.

## V

El comunismo militar es igualmente repudiable. El soldado, como el monje primerizo, no se estima en situación de igualdad con nadie, a no ser con los más desdichados

de sus compañeros. Su rezo—obligado—no va a Dios sino a la Patria, Moloch que en cualquier momento le puede exigir el sacrificio de su vida. Difiere el soldado del religioso en que éste es voluntario de su infortunio, en tanto que él ha sido forzado al mismo. Por tanto, su presencia en el común militarista es doblemente dolorosa, y la presión creciente de cabos, sargentos, tenientes, capitanes, comandantes, coroneles y generales sobre su disminuida persona, la resiente, con una amargura tal, que el fárrago de trompetas, ordenanzas, rígidos respetos, pasos marciales y evoluciones masivas y musicadas lo acata sin íntimo respeto, lo cumple bajo la amenaza del fuero de guerra.

No hay sopa o rancho extraordinario en el cuartel que sienta a gloria en el soldado como la libertad del campo o del hogar, por un tiempo o quizás definitivamente perdidos. No hay brillantez cuartelera equiparable a los deseos de independencia personal que anidan en los pechos del soldado y del presidiario. Reducido, el hombre se da al recuerdo, a la exacerbación del recuerdo y diviniza a las muchachas y exagera el perfume de las flores y el color de los paisajes; se da cuenta de la amabilidad de los hermanos, de la estima de los padres y del modesto, pero estimable, confort del hogar abandonado. Al rancho colectivo se le considera invariablemente ingrato y hediendo, la superioridad intratable y odiosa, el ambiente repulsivo, las ordenanzas incendiarias y las trompetas abollables. No hay comunismo aguatable bajo la amenaza de un código, en reunión forzada de personas para fines extraños a las mismas. El comunista conventual y el cuartelero son buen par de desdichados, y tal parece que el desenfreno individualista puede partir de la necesidad nihilista de desintegrarse del amontonamiento de individuos efecuoado en grandes caserones regidos por la desigualdad y la injusticia, en grandes cuadras en donde el hombre deja de serlo para convertirse en animal doméstico, en individualidad desapreciada, en objeto desdeñable, en monje, en soldado y en recluso, en suma.

Unir las voces en vergonzosa renuncia de la vida; unificar los pasos para obtener un ritmo acorde con el interés de la tiranía, puede hacerse bajo los pliegues de innumerables banderas; pero no se irá a otra parte que a la corrupción de las bases morales que deben mantener en equilibrio estable a esta pobre humanidad de hoy.

Por su carácter impositivo, imperioso, estatal, el comunismo ruso tampoco merece estima. Lejos de ir a por la libertad política y económica del individuo, se aleja lo más posible de la misma. Tiene, también, trompetas y ordenanzas, leyes aviesas de difícil eludición. Su Primero de Mayo se caracteriza por un movimiento de masas soldadescas movidas con precisión kaiseriana. El camarada ha degenerado en policía y la Policía es la médula del Estado proletario, no del proletariado en sí, cuya existencia el propio enunciado descubre en Rusia treinta y cinco años después de consumada la Revolución.

Al infortunio de los grandes duques, a la dispersión de la brillante corte zarista, no ha sucedido la felicidad de los trabajadores, que trabajadores quedan después de la revolución de 1917, en las mismas condiciones antañonas, pero con el sonrojo de convenir que la explotación de ahora es la *deseada*, para colmar los deseos de dominación espiritual y física expresados con harta contundencia por los nuevos dominadores.

Bajo un comunismo como el de la U.R.S.S. inútil sostener sindicatos obreros. ¿Para qué, si ellos son convertidos en un rodaje más del Estado? El gobierno vela por la felicidad de los trabajadores, y por consiguiente éstos no deben preocuparse. Hacerlo significaría deslealtad revolucionaria, oposición al Estado, entrega al poder reaccionario y capitalista. El capitalismo renaciente es el único permisible y adorable, brillante en su atuendo militar y arquitecto-



nico, en sus fastos stalinistas; dramático por su extensa red de vigías, soplones, de agentes ejecutantes introducidos en la vida fabril, agropecuaria, ciudadana y hogareña. El comunismo entendido a lo marxista ha de ser frío, deshumanizado, a fin de obtener los resultados en «El Capital» previstos... Fuerza en las alturas y descomposición anímica en el llano. Animalización de la criatura humana por pánico y por racionamiento de la verdad y del pienso. Entrega total de la voluntad popular, que será puesta al servicio del Estado, concretado otra vez en la figura del jefe providencial, del omnimoda que nunca se equivoca.

Comunismo ranchero, sopero, corrosivo, el derivado de la revolución mayor efectuada por las buenas voluntades en Rusia. Esfuerzo gigantesco malogrado. Comunidad barruntada feliz y trocada en recipiente de desgracias, de infelicitades, de miserias morales y materiales por haber dado el disco entrada al error. No es imposible que los magnates del bolchevismo hayan sido víctimas de sus alucinaciones, o de la incapacidad libertaria demostrada históricamente por el marxismo. Pero el hecho a lamentar está ahí, terriblemente enhiesto, en esta U.R.S.S. dominada por la burocracia y por todos los prejuicios y anomalías de la sociedad burguesa, en razón a los cuales ha llegado a ostentar el poder militarista, político, imperialista y policíaco que jamás acertó alcanzar el imperio zarista.

Desgraciadamente, un vaho de sopa maldita se desprende de la olla comunal de la U.R.S.S.

## VII

Hemos hablado del confort hogareño y ahora vamos a recrearnos en la intimidad del mismo. Por cariño mutuo el comunismo más fraternal queda establecido entre los pobladores de esta minúscula comuna. La estima va de padres a hijos y a nietos. Se tratara de una familia desentrañada, alocada y cordialmente dispersa en aras al signo de cambio, y no valdría la pena ocuparse de ella. Pero nuestro grupo sanguíneo es perfecto en organización familiar y se establece en comunismo libertario. ¿Qué otro sistema de convivencia podrían adoptar estos seres afines en sentimiento y en íntima idealidad?

Cuando de padres a hijos se introduce el odio a causa de innobles egoísmos; cuando el cajón de las economías hogareñas no puede permanecer abierto a todas las miradas y manipulado atinadamente por todas las manos, la vida familiar, o común, es una deleznable mentira. Inmediatamente surge la autoridad del padre o del mayorazgo y la personalidad de los débiles se ve disminuida; los odios contenidos forman cúmulo y en mal día reventarán en tragedia o en sálvese quien pueda. La familia esclava del dinero es una burda ficción, o una vulgar tragedia.

Cuando padres e hijos se entienden por mutuo cariño, el placer o la desgracia de uno es contento o dolor de todos. Cuando un partícipe de la pequeña colmena se esmera o pena en deberes de trabajo, es para aportar elemento de

gozo y subsistencia a casa, no para satisfacer egoístamente su persona. En la familia típicamente libertaria, de proceder limpiamente anarquista, lo común priva por encima de lo privado, traduciéndose toda diversa actividad en motivo de solidaridad, en certificación de la ley del apoyo mutuo.

A la felicidad de los hijos acuden los padres y a la satisfacción de los padres acuden los hijos, y todos juntos se benefician y estiman entre sí. ¿Qué sinfonía de vida celestial, terrestre o submarina consigue superar la libre entente de estos familiares, de estos seres en excelencia humana? ¿Qué Dios, qué César, qué Diosa Razón, qué Poder maquivélico o democrático o fascista o comunista autoritario pueden presumir una moral auténtica, una organización adecuada cual lo es la de la Familia libre?

Si preceptos ni reglamentos, los participantes en la misma desarrollan su sistema armónicamente, maravillosamente, sin presencia de alteraciones que no puedan ser zanjadas. El interés por lo común inmuniza los espíritus contra las apetencias desordenadas, contra el desenfreno, la disolución y el atentado. La vida ajena es estimada como la existencia propia y el bien se recoge por ejercicio del bien como justa recompensa.

Lo difícil será extender ese criterio justo y reconfortante por la humanidad toda. Lo difícil, pero no lo imposible, será prolongar la familia privada hasta el último límite de la sociedad. Convertir la Humanidad en una sola y efectiva familia no deja de ser el sueño más tremendo del anarquismo, y sin embargo, a la realización de tan magno propósito hay que dirigirse. No con gesto grotesco y precipitado, sino con convicción y ademán seguro. Revolucionariamente por lo que exige en saltos la sociedad deseosa de atraso; evolucionadamente una vez en el dintel del porvenir, en cuya puerta y en cuya anchura subsiguiente, habrá que despojarse de cuantos atavismos nos enferman moralmente.

Así, los ensayos verdaderamente comunistas de nuestros días, por limitados o parciales que sean, deben tender a la despreocupación de lo actual en beneficio de un inmediato superior, a extirpar de su método de convivencia toda reminiscencia conventual, cuartelera y carcelaria, partiendo del nivel familiar libre hasta familiarizar la sociedad con las prácticas fraternales por la obtención del bienestar propio mediante el bienestar ajeno.

Del cucharón batuta hay que huir como de la peste, y del compañero policía, y de la mística torva, y del camarada verdugo, y del amigo redentorista y del hermano Calderilla y del coparticipante impositivo. Que comunismo es participación igualitaria en el acervo común o no es nada; o es fecundidad y libre convivencia o es un desierto inacabable caracoleado vivamente por víboras y serpientes.

Con pan y libertad—alimento del cuerpo y del espíritu—acudimos en primeros a toda manifestación motivada por un renacer social humano. Con salmodias y paso de oca, bien se está al abrigo de la barricada de nuestra conciencia.

J. PUIG D'AGUILERA.





# Verdad, Justicia, Libertad

## BUSCONAS METAFISICAS



A frase es de Pablo Lafargue, el propio yerno de Carlos Marx: ha sido frecuentemente repetida por los adeptos del «socialismo científico». No obstante, ello no ha impedido a los **chulos rojos**, bajo la égida de los doctores en marxismo, de hacer exhibir a su vez, para de ello sacar cínicamente el mayor provecho, los grandes conceptos idealistas, ya de tiempos prostituidos, de la política burguesa. Solamente, en lugar de prostituirse por cuenta propia, la Verdad, la Justicia, y la Libertad, han venido a ser pupilas de la casa del Partido, poseyendo su cartilla y pasando la visita ordenada por la comisión de contral. Pupilas sumisas al espejismo del materialismo dialéctico, a la vez productivas y sin peligro, Verdad, Justicia y Libertad, las tres gracias degradadas más tarde como rameras, han llegado a ser las virtudes teologales de toda ortodoxia «socialista». Ellas han adornado con su presencia los discursos del Kremlin, los procesos de Moscú, de Praga o de Budapest, los decretos de deportación en masa hacia Siberia. En resumen, todos los regímenes totalitarios repiten a este respecto la fórmula profiláctica de Saint-Just: «Nada de libertad para los enemigos de la Libertad». Nada de verdad para los enemigos de la Verdad; nada de justicia para los enemigos de la Justicia.»

**SU VERDAD.**—En todos los países donde florece la propaganda comunista no hay un solo periódico que no lleve el nombre de esta prostituta oficial, aun siendo un «periódico de oposición», como ellos dicen. En Rusia hay de ellos a millares, está la «Pravda» de Leningrado, la de Moscú, la de los Komsomols, la de Blagovosnesink-Ikrevosandchersks, etc. El fundador de esta tradición es Lenin, padre de la teoría de la «mentira necesaria», necesaria a la vez para derrotar al enemigo de clase y para **maniobrar los elementos inconscientes o semi-conscientes del proletariado**. Bien se nota por ese simple detalle que a Lenin no le preocupaba gran cosa desarticular los conceptos con tal de hallar los elementos que le eran precisos. No soñaba en convertir al enemigo, menos aún en hacer elementos conscientes de aquellos semi-conscientes, ni semi-conscientes los inconscientes, ni, sobretodo, menos manejables los fáciles de manejar... En cuanto a los «conscientes» una buena parte de su astucia consistía en guíñarles un ojo: en hacer creer a los militantes o semi-militantes que estaban (ellos, los camaradas, los distribuidores benévolos de mentiras) en el secreto de la verdad, o de una parte importante de ella. En el

fondo, cada uno lo admite de buena voluntad: toda verdad de partido no puede por menos que ser jerarquizada. Siendo a sus ojos plenamente consciente, Lenin tenía derecho de «maniobrar» incluso a sus colegas del Comité Central, y poco se privaba de ello. Su única ilusión era, sin duda alguna, la de creer que la jerarquía del partido podía ser fundada sobre la «mentira en sentido único» (cada uno diciendo a su superior **toda la verdad**, y no recibiendo de éste más que **una parte** de la verdad); por este medio, parece ser que un hombre como Lenin pudo centralizar toda la verdad y redistribuirla a su antojo, dándole el sello de su pensamiento y su voluntad. Lenin no olvidaba más que una cosa: y es que la suma de verdad reservada que realza y crea al «superior», y que éste esconde a su «inferior», a fin de dominarlo, es casi matemáticamente igual a la que el inferior esconde a su superior en cuanto a cosa que sabe, bien sea por temor, sea por rebeldía, sea, en fin, por espíritu de servidumbre. Tanto más grados de jerarquía del Partido o del Estado, así de deformaciones sistemáticas, filtraciones, ficciones acumuladas desde abajo arriba y desde arriba abajo, hasta que el **fluido vital** circulando en el **aparato** sea, con respecto a mentiras, casi políticamente puro.

Bien entendido, la mentira **políticamente pura**, masiva, contundente, sin contradicción posible, lleva la apariencia y el nombre de la «verdad» total. Ella es, efectivamente, la sola verdad pura, sintética, de fabricación controlada y de eficacia garantizada; y ello está conforme, en todos sus aspectos, a la doctrina marxista, la cual quiere que la verdad sea un producto de la acción, de la praxis humana, y más específicamente de la acción revolucionaria de las masas. encuadradas y fanatizadas. Pues con todo y atribuirse insolentemente los nombres de «socialismo científico», dialéctica objetiva», «materialismo histórico»; etc., el marxismo es, de todas las filosofías modernas, la más desdeñosa de la realidad material, objetivamente ofrecida a la interpretación científica. «Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo diversamente; se trata para nosotros de transformarlo», así dice la onceava tesis de Marx al respecto de Feuerbach. Y como para esclarecer a quien hoy no llegue a comprender la enorme mixtificación totalitaria contenida en la expresada fórmula, Marx agrega: «La idea deviene ella misma una fuerza (para la palabra alemana *Gewalt*, el diccionario define igualmente: «poder, sujeción, violencia»; he preferido atenerme al sentido más generalizado, sin precisar) material tan pronto como ella se apodera de la masa».

Precisemos bien que no es en tanto que conoci-



miento experimental coherente y racional, ni incluso instintiva e intuitiva, que la «idea» se apodera de la «masa» para alcanzar a ser una «fuerza material» en acción, que «transforma el mundo» y por lo mismo, modifica a la vez el objeto y el sujeto del conocimiento. El triunfo de la «idea», considerada como demostración de la verdad, no consiste aquí en la capacidad de engendrar, espiritual o materialmente, las condiciones del orden, del bienestar, de la justicia, o aquellas de un conocimiento más elevado. Estriba exclusivamente en su eficacia para apoderarse de la masa y vencer lo que pueda serle antagónico, en aplicación del **Faustrecht** (derecho al puñetazo). Lo demás, es decir el desarrollo progresivo, o ascendente de la dialéctica, está considerado como una consecuencia lógica del **Faustrecht**, ejercido por la idea victoriosa contra las ideas más débilmente encarnadas en la masa. Una teocracia de la fuerza material queda con ello esbozada aquí la cual corresponde al nihilismo, a la barbarie, a la podredumbre ideológica de los tiempos actuales. El «poder» queda erigido en criterio de valores, en valor único y supremo, y la busca «desinteresada» de la verdad, es decir, su apreciación como alimento mental y vital, y no como arma agresiva, se hace convertir en una cosa ridícula.

El juicio del hombre ante los valores que a él le ofrecen (como en la fábula pagana las diosas ofreciéndose a la elección de un pastor) no será pues el resultado de la impresión producida en el cuerpo, el alma, el espíritu del árbitro; el fruto de una preferencia serenamente meditada ante la belleza, la plenitud, la sabiduría; en suma, el cumplimiento de una vocación de Amor humano. Será en tal caso, el producto de la coacción, de la violencia y del miedo. Le será impuesto como el bautismo lo es a los vencidos, la confesión a los hereéticos, la conversión a los descreídos, en una Iglesia dominada por el poder y el terror; Iglesia que propone incluso, a sus víctimas, la adoración del terror y del Poder en sí mismos; no otra cosa que la adoración de la fuerza material...

«Los filósofos no han hecho más que interpretar

el mundo diversamente», escribía Marx en su juventud, como si con ello no hubieran hecho otra cosa que dedicarse a una actividad irrisoria y fracasada; como si la interpretación personal del mundo por el hombre, así como la diversidad de interpretaciones no constituyese en sí toda la vida humana; en tanto que la transformación del hombre en simple rueda de una mecánica cósmica de supuesto progreso lo sitúa por debajo del bruto, en el rango de las cosas y de los instrumentos.

Veamos pues el evangelio de Marx:

La verdad, o más bien las verdades provisionarias, diversas, complementarias, que el pensamiento humano propone, anuncia, rebasa y rectifica alternativamente, no tendrán más por árbitro el juicio personal del investigador o del filósofo, ni su experiencia individual. Marx conviene en barrer de la civilización moderna todas esas interpretaciones discutibles y parciales, reemplazándolas todas ellas por «la violencia de la idea apoderándose de la masa». Es por el peso del poder social, monolíticamente organizado ejerciéndose en provecho de una sola teoría (la suya contra todas las demás) que él aspira a resolver el problema del conocimiento.

El saber, para Marx, consiste en tener éxito. Tener éxito consiste en hacer creer. Apoderaos de la masa y dialécticamente, la realidad social, medida y criterio de todas las demás cosas, cambiará a simple vista, arrastrando consigo todo hecho observable, toda realidad material. La verdad será, en tal caso, lo que podrá hacer de ella quien ponga las teorías interpretativas a su alcance, y, apoderándose de la masa, la haga bailar con el bastón del poder ejecutivo y el acordeón de la propaganda.

La verdad es mujer pública. He ahí lo que el marxismo afirma, he aquí lo que el marxismo pretende probar al tratarla como tal. Los chulos que la rondan, los sabios **politiquizados** son los encargados de transformarla en «Pravda». Pronto el coche celular se la llevará, ebria de dialéctica. Y reinará en su unidad triunfal, la Mentira.

André PRUNIER.

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### *“La Vida y los Libros”*

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)



## ¿EXISTE UN ANARQUISMO CIENTIFICO?



propósito de un ensayo de Hebert Read sobre las posibilidades de realización anarquista, he podido leer la siguiente afirmación en un periódico afin editado en América: «Kropotkin no conoció la ciencia del siglo XX, especialmente la psicología».

Es evidente el esfuerzo realizado por el autor de «La ciencia y el anarquismo» para dar un contenido científico, experimental, a las ideas anarquistas. Este empeño acarreo a nuestro insigne desaparecido el calificativo de veleidoso para con ciertas premisas marxistas.

Kropotkin es, efectivamente, un enamorado de la ciencia del siglo XIX. Lo fuimos todos o la mayoría de los anarquistas españoles forjados bajo las enseñanzas de la «Escuela Moderna».

Entre mis papeles, sobrevivientes de la catástrofe de España, se conservan todavía algunas preciosas reliquias de lo que fueron nuestros textos escolares de primero y último grado. De último grado porque no pasamos de ahí. La fábrica se nos tragó cuando empezábamos justamente a leer a cartilla. Y a los dieciséis años de edad, exhausto y embrutecido por ocho seguidos de penoso oficio, no sabía el que esto escribe redactar una mala carta.

He meditado muchas veces sobre las páginas de aquella «Cartilla» de Anselmo Lorenzo, que guió nuestros primeros pasos por entre las encrucijadas de la filosofía social. Aquel diálogo entre un tío y un sobrino era una especie de catecismo de la pedagogía moderna y del anarquismo. «Las aventuras de Nono», de Grave; la «Correspondencia escolar», de Malato, y algunas monografías sancionadas por la entonces reconocidísima autoridad de Odón de Buen, contenían *in extenso* todo el bagaje cultural de la época en materia científica y filosófica. Muchos de los libros de «La Escuela Moderna», tras el asesinato de Ferrer y Guardia, fueron reeditados incluso por editoriales anarquistas que podríamos llamar jóvenes por sus alcances hasta nuestros días. «Fuerza y materia», de Buchner, lo fué por «La Revista Blanca» en fecha no muy remota. No se trata de un texto escolar de la serie aludida más arriba, pero encaja perfectamente en aquella filosofía y ciencia que con tanta buena fe se nos inyectaba a los jóvenes educandos en la pedagogía racionalista.

«El origen del hombre», de Darwin, y «La Nueva Creación», de Haeckel, completaban el herramientaje utilizado para esculpir nuestra personalidad.

Haeckel figuró en el plantel de sabios alemanes firmantes de un vergonzoso documento, durante la primera guerra europea, redactado al dictado del Kaiser. Kropotkin, con Malato, Grave, Federico Urales y otros queridos compañeros, firmaron otro bastante desdichado, en la misma época, en favor de los aliados. Las consecuencias de este documento afectaron grandemente la amistad de Kropotkin y Malatesta.

Kropotkin y Malatesta se hallaban distanciados por motivos más profundos de interpretación, según veremos.

Volviendo a la «Cartilla» de Anselmo Lorenzo, o al diálogo entre un tío y un sobrino, creo que de Parraf-Javal, me interesa remarcar que el «materialismo» y el «determinismo» eran dos premisas poco menos que dogmáticas expuestas furiosamente en aquellos textos llamados a orientar nuestra vida según la pauta de los «hechos comprobados».

Leíamos por turno los discípulos, formando corro alrededor del maestro, sendas diatribas contra el Espiritualismo, la Teología y la Metafísica, palabrejas raras que apenas entendíamos. A un momento dado, el compañero profesor mandaba suspender la lectura para requerir de nosotros el respectivo comentario. Los aspectos dudosos eran aclarados por el educador con minuciosas explicaciones según el sentido del texto. La tesis creacionista y el vago concepto de *dios*, del *espíritu* y del *alma*, quedaban pulverizados ante los argumentos de la ciencia. El profesor tenía siempre a punto aquella frase de Humboldt: «Nada se crea, nada se destruye, todo se transforma».

Darwin era allí una especie de héroe batiéndose lanza en ristre con todos los curas y obispos del orbe. El *evolucionismo* había enterrado para siempre la fábula del Génesis y el sainete picaresco de la primera pareja.

El *determinismo* tenía por invicto peso fuerte a Lamark. Sus teorías sobre el fenómeno de adaptación al ambiente y la transmisión de los rasgos «adquiridos», por el vehículo de la ley de la herencia, eran el firme puntal del transformismo darwiniano.

Y, por último, Buchner y Haeckel, tomaban la palabra para apabullarnos con exaltaciones del materialismo científico, sobre el origen material de todo fenómeno posible, entre acusaciones fogosas contra el mito de la creación y francas simpatías por la «generación espontánea».

La ciencia del siglo XIX, extendida hasta las primeras décadas de nuestro vigésimo, era, pues, materialista a ultranza; determinista y evolucionista. Encontraríamos escasamente en ella algunas manifestaciones orientadas hacia las modernas corrientes psicoanalistas que han venido a revolucionar a aquella en muchísimos aspectos.

El profesor Oliver-Brenchfeld ha encontrado en los novelistas ochocentistas formulaciones incipientes de nuestros complejos, sobre todo del tan traído y llevado *sentimiento de inferioridad*.

Fueron los novelistas, los soñadores, los idealistas, los rebeldes a la sujeción del pensamiento y de la imaginación a fórmulas consagradas, los enemigos del dogma con etiqueta teológica o científica, los pioneros de la moderna psicología que pone severos reparos a ciertas *verdades demostradas* y reivindica como merecedoras de análisis las que dejaron de serlo por no ofrecer resultados positivos ante la prueba de laboratorio.

Otros idealistas, los brujos o alquimistas medievales, dieron nacimiento, en pos de la quimera del oro artificial, a nuestra química del átomo, desintegralista ahora.

La ciencia del siglo XIX intentó trazar—lográndolo hasta cierto punto—un nuevo panorama del Universo y del Hombre. El concepto religioso de un Cosmos regido por un Po-



der sobrenatural y de un hombre creado por dios, sujeto a las leyes del Destino o Predestinación, se transformó en un Universo y un Hombre sin Dios, pero regidos ambos por el Poder de las leyes naturales: leyes rígidas, inmutables, determinativas y subordinantes.

Con el cambio ganamos algo, pero no mucho. Si las intenciones bastan, las de nuestros talentados investigadores eran excelentes. El ideal de la ciencia era la libertad; la libertad trabada en lucha contra la tiranía de dios y la de sus ministros, burócratas y policías en la tierra. Traducía la inquietud del hombre en su reacción subconsciente contra el fatalismo de los Mandamientos de dios y de los preceptos y decálogos de los profetas. El hombre sentíase espiado, reprimido y amenazado por el ojo implacable de la Divinidad a través de los misteriosos celajes, interferido en los más sagrados de sus negocios por bandadas de angélicos chivatos.

El libre albedrío era una mofa, un escarnio; algo así como las ampulosas garantías de las Constituciones de nuestros Estados políticos, negadas a cada momento por leyes suplementarias libradas al capricho de legisladores, jueces y gobiernos en turno.

Dios había creado al hombre como se crea una máquina. Y al ponerle en marcha le decía: «Eres libre de hacer lo que te dé la real gana; pero si no haces lo que yo te mando te esperan torturas eternas en el infierno».

La ciencia se rebeló contra esta tiranía uniéndose en la empresa a toda la grey de ángeles rebeldes. La ciencia era el sentimiento de libertad contra la fatalidad. Y creyó alcanzar el triunfo en el análisis de la Naturaleza—escindiéndola de dios—, donde una cosa ponía en movimiento a otra cosa, un efecto era producto de una causa anterior inmediata, natural, material, experimental, palpable, con dimensiones definidas y comprobadas. Y descubrió leyes, fenómenos y combinaciones de fenómenos donde la religión alegaba mandamientos y órdenes ejecutivos dictadas por una voluntad soberana.

La ciencia explicó satisfactoriamente muchos hechos merced a su método inductivo: observación, experimentación y comprobación («Ascender lógicamente el entendimiento desde el conocimiento de los fenómenos, hechos o casos, a la ley o principio que virtualmente los contiene o que se efectúa en todos ellos uniformemente»).

Pero al enfrentarse con el Hombre—«cet inconnu»—; al querer aplicar al hombre y por extensión a la sociedad el mismo método inductivo, resultó éste de una simplicidad aberrante y peligrosa.

El materialismo y el espiritualismo, el determinismo y el libre albedrío, se dieron la mano como dos extremos que se tocan. El hombre de Buchner era un pobre diablo sin personalidad, algo así como la «Thinking Machine» del contemporáneo Williams Ross. Pensamos, sentimos y queremos, de acuerdo, no con nuestras facultades propias, sino por lo que hemos comido el día anterior; de acuerdo con nuestro emplazamiento en ésta o aquella latitud; de acuerdo con que haga frío o más o menos calor; de acuerdo con que haga sol o esté nublado; de acuerdo con la dirección e intensidad del viento; de acuerdo con nuestro equilibrio o desequilibrio físico; de acuerdo con las taras o virtudes heredadas, biológicamente, de nuestros antepasados; de acuerdo... con la influencia de los astros, es decir, con los menospreciados astrólogos, alquimistas de la astronomía.

¿Existe diferencia apreciable entre el hombre de Buchner, el de la Historia Sagrada y el «hombre robot»?

En 1848 apareció el titulado «Manifiesto comunista», redactado por Marx y Engels. A partir de este momento empezó a hablar con acento recalcado de un «socialismo científico», de la «lucha de clases», del «materialismo histórico» y de la «dialéctica marxista».

Antes se había manifestado en los campos científico, filosófico y económico, una corriente conocida con el nombre de

«darwinismo social». Se pretendía hacer derivar esta corriente de supuestas conclusiones de Darwin en su célebre estudio «Origen del hombre».

Se han atribuido a Darwin conclusiones que estuvo éste muy lejos de expresar como concluyentes. La obra de Darwin se halla repleta de observaciones recatadas. Se caracteriza por su objetividad. Es muy difícil encontrar en ella afirmaciones rotundas. El «quizás», el «puede que» y el «posiblemente» campean por todas las páginas del «Origen del hombre». Resaltan en ellas exposiciones de motivos y constataciones de hechos y de coincidencias más o menos sintomáticas de una demostración ulterior reprimida. Darwin no se deja seducir fácilmente por las simples primeras impresiones y por las tentadoras apariencias. Expresa siempre sus dudas y recelos limitándose casi siempre a conectar una serie de hechos como susceptibles de ésta o aquella conclusión.

Debemos a los más sedicentes de sus discípulos la difundida teoría de la «lucha por la existencia», hermana gemela de la «lucha de clases», expuesta pomposamente en el «Manifiesto comunista» y atribuida su invención a Carlos Marx.

Los sedicentes discípulos de Darwin, ansiosos de dar una explicación científica demostrativa del fenómeno de la evolución de las especies y del propio hombre, echaron mano a uno de los argumentos del maestro, elevándolo a la categoría de factor supremo del progreso o evolución.

Kropotkin, que no era por lo visto un espíritu dogmático, ganoso de efímeros trofeos, opuso severos reparos a la revelación categórica de los neo-darwinistas, llegando inclusive a hacer justicia al autor del «Origen del hombre», destacando pasajes de esta obra en los que se esgrimen otros factores de la evolución que los de la fuerza bruta.

Estamos más que convencidos de que guiaron a Kropotkin motivos completamente ajenos a la pura observación y constatación. Sin embargo, a través de «El apoyo mutuo» se constata el empeño de dar a sus opiniones, aun a las más exaltadas y fervorosas, un fundamento acorde con el método analítico, ceñido éste a las premisas de la ciencia.

Sin lugar a dudas recibiría Kropotkin su primera sacudida del lado moral del problema. La teoría de la fuerza bruta, de la supremacía del más fuerte—no siempre el más apto, el más generoso y el más inteligente—sobre los más débiles—no siempre los más ineptos y despreciables—moverían su indignación de hombre evolucionado. La violencia, el abuso de la fuerza, el Poder y la esclavitud elevados al rango de la fatalidad inevitable; la existencia del Estado con su secuela de crímenes; la explotación del hombre por el hombre y las guerras fratricidas amparadas y consagradas por la autoridad suprema de la Ciencia (Dios de los sabios del siglo XIX) chocaría con sus sentimientos morales, sumiéndole en santa indignación.

Sin embargo, no se limitó Kropotkin a manifestar sus escrúpulos mediante consideraciones abstractas, exponiéndose a la befa de aquella generación educada en el culto a la materia, que acababa de desahuciar a dios y al espíritu y no admitía otra cosa que hechos comprobados a filo de laboratorio.

Hubiera podido Kropotkin basar sus argumentos en la propia sensación de repugnancia o aversión instintiva o intuitiva. Hacerlo hubiese sido exponerse a la mofa, a ser tildado de empirista, título equivalente al de charlatán de plazuela. Pero él mismo era un devoto de la ciencia. Buscó, pues, en ella los argumentos y hechos capaces de apabullar a sus adversarios.

«El apoyo mutuo» es un acontecimiento señalado en el mundo científico del siglo XIX. Sin abandonar el método inductivo ni echar mano de los condenados recursos metafísicos, dentro de la física, Kropotkin sentó la base de compatibilidad entre la ciencia y el anarquismo, dotando a éste de raíces científicas, puesto al día con la ciencia, a cubierto el derecho y la libertad de mofas y de escarnios.

La legitimidad del Estado, la explotación, causante de que



haya pobres y ricos, privilegio y miseria, clases y super-clases; la filosofía del Poder y el fatalismo de una servidumbre mucho más completa que la propagada por el cristianismo, compensador éste en el cielo de las humillaciones sufridas en la tierra, sufrieron un rudo golpe.

En la evolución kropotkiana, el apoyo mutuo la asociación teniendo por base el libre acuerdo o la necesidad común, redujeron la pretendida virtud de la fuerza bruta a su verdadera condición de barbarie.

Marx y Engels afirman en su «Manifiesto Comunista» que la historia de la humanidad es el resultado de la *lucha de clases*. Los neodarwinistas habían afirmado que la evolución del hombre desde las capas inferiores de la animalidad era el producto de la *lucha por la existencia*. No es, pues, aventura suponer que Marx y Engels inspiraron su teoría en el bagaje científico del siglo XIX. Por lo menos en una de sus corrientes mayoritarias: la misma que inspiró a Malthus su doctrina de *progresión aritmética de los alimentos y de progresión geométrica de la población*.

Vemos, también, un calco del transformismo darwinista en la concepción marxista de la evolución social. A despecho de las contradicciones observadas entre el marxismo doctrinario y su táctica política con vistas a la conquista del Poder, es incuestionable el sentido eminentemente evolucionista en que se fundamenta aquél.

Según Marx y Engels, el proceso de la sociedad hacia el socialismo, hacia la sociedad libre *que no puede permitir que haya un Estado entre ella y sus miembros*, es un proceso de evolución lenta, fatal, con sus etapas marcadas: feudalismo, imperialismo, industrialismo, democracia, concentración del capital, proletarianización, dictadura del proletariado, etc., etc.

El determinismo económico, la afirmación de que *no son las ideas las que determinan las formas económicas sino éstas las que determinan las ideas*, se adapta perfectamente a lo que era pensar y sentir de la ciencia y de la filosofía de la época. Afirmer lo contrario, eso es, la autonomía de la voluntad del hombre y su capacidad determinativa sobre los acontecimientos, hubiese implicado un retroceso, una vuelta al dominio espiritual, una concesión al dogma del libre albedrío, al principio teológico de lo immanente, demolido y expuesto en pública subasta por el materialismo vencedor.

El automatismo de la historia y la misma dialéctica fueron un recurso necesario para mover el progreso, la evolución y el propio transformismo social del punto muerto en que había caído al quedar descartada la voluntad humana.

La misma ciencia, al arremeter contra dios y contra la supuesta armonía del universo, a recaudo aquélla de un poder sobrenatural, tuvo que afrontar situaciones verdaderamente complejas; tal la idea de un universo librado a sus propios designios, perfecto, no obstante, en sus movimientos; cauto, previsor y perseverante en su finalidad progresiva. Y tuvo que explicar el fenómeno mediante recursos poco menos que metafísicos: la idea de una Naturaleza *sabia*—de unas leyes naturales *perfectas*, reguladoras del tráfico celeste—, celosa veladora de la continuidad de las especies, particularmente de la especie humana: intendente, ingeniero, médico, legislador y gobernante en una pieza.

La tónica de la ciencia del siglo XIX es la autosuficiencia; la pretensión de haber llegado al fondo de las cosas, a la explicación racional de todos los problemas fundamentales. Esa especie de euforia se justifica por el hecho en sí de un romanticismo inseparable de su adolescencia. Los instrumentos científicos, los asombrosos descubrimientos, eran para nuestros sabios novecentistas especie de flamantes juguetes y fascinantes leyendas en manos de niños. ¡Cuántos de aquellos portentosos descubrimientos no habían de ser rectificadas después! ¡Cuántos de aquellos instrumentos no hubieron de quedar reemplazados por otros aparatos más perfectos y de más preciso rendimiento!

La misma ley de la herencia—motor de la evolución de las especies—sin la cual, un determinado rasgo adquirido quedaba estancado, con solución de continuidad—negado el progreso y la misma evolución—, tenía que verse atenuada, parcialmente admitida y hasta negada por investigadores llegados a última hora. El aserto «de tal palo tal astilla», tenía su más, su menos y su nada. La sabiduría de la madre Naturaleza, su previsión inteligente, su plan y finalidad, llegó a ser tachado de sarcasmo. Han Ryner, en su célebre controversia con un sabio tonsurado, se permitió atrevidas ironías contra la supuesta *perfección* de nuestra madre y protectora.

Sin dios, es decir, sin un principio dinámico sobrenatural; sin la voluntad humana—negada por el determinismo, del que se convirtió en heredero plenipotenciario el marxismo—el reloj de la historia quedaba sin cuerda, es decir, parado. Hubo, pues, necesidad de inventar el movimiento continuo, es decir, el automatismo de la historia. ¿No había sido admitido por la ciencia y aplicado a los movimientos del Cosmos? El marxismo, al introducirlo en su concepto de la evolución social no hacía otra cosa que ser consecuente con los principios científicos de la época. El concepto de *clase* y la *lucha de clases* eran, también, una necesidad complementaria para justificar la evolución: la traducción del principio de *lucha por la existencia* al campo económico y moral.

La *lucha de clases* fué hasta cierto punto un concepto forzado. Sentada una premisa nos esforzamos en adaptar a ella los hechos más dispares. Bastará que la premisa cuente con cierto respaldo científico para que quede transformada en artículo de fe. Sin embargo, la ciencia distingue perfectamente entre *hipótesis* y *verdad demostrada*. La pasión obliga a veces a confundir e invertir ligeramente los términos. Meras hipótesis nos fueron presentadas como verdades concluyentes por impacientes afectados de doctrinarismo.

La ciencia del siglo XIX fué el primer escarceo metódico en el campo universal de los conocimientos. Los investigadores de la época llegaron a ciertas conclusiones perdurables. Debemos también a la ciencia griega (y a los investigadores del Renacimiento) principios y constataciones que conservan actualmente toda su lozanía. Pero en el siglo del psicoanálisis, de la relatividad y de la desintegración atómica, hemos podido contemplar el desmoronamiento de sistemas que parecían inmovibles.

El prejuicio doctrinario—sedimento de las religiones—ha hecho rebasar con frecuencia los propios principios racionales de la ciencia. Científicos, sacerdotes y políticos van frecuentemente de la mano. Los investigadores se empeñan a veces en copiar las veleidades de los políticos. Revolucionarios en principio, se tumban y acomodan sobre los laureles conquistados. Todo revolucionario da por terminada su carrera al llegar al gobierno. El estadista de hoy, revolucionario de ayer, se licencia a sí mismo en todas las ciencias habidas y por haber.

Ciertos hombres de ciencia no se hallan inmunizados de la ambición de sistematizar, de fundar escuela y de sentar plaza de genialidades. La sistematización precipitada llevó a muchos sabios a incurrir en aberraciones, es decir, a dejar de ser sabios, a cerrar prematuramente el ciclo de sus investigaciones, sentando cátedra de demagogos. Entre muchos otros podríamos citar a Haeckel, furibundo paladín del evolucionismo científico, caído más tarde en los desvaríos de la autoridad, enemiga de la evolución. El profesor Pablo Gille, hablándonos de la función directriz del cerebro humano, ha reprochado al célebre naturalista de Jena su empeño en «querer explotar el argumento de esta función cardinal del cerebro para deducir, por vía de similitud, la legitimidad y la necesidad, dentro del cuerpo social, de una centralización autoritaria a la prusiana».

Carlos Marx, inspirándose en la *lucha por la existencia*, real solamente en parte, dedujo la *lucha de clases* y el mismo concepto de *clase*, tan diluido en la realidad. Marx cayó



en la tentación del sistema antes de que la ciencia sociológica pronunciase su última palabra.

Algunos naturalistas habían ya fracasado en su empeño de definición de las razas. El color de la piel, la latitud geográfica y los rasgos antropológicos arrojaron muy poca luz sobre el problema. Sólo la bestia de Hitler, asesorado por su corte de sabios domesticados, pudo llegar a una clasificación arbitraria saltándose la realidad a la torera.

El marxismo, calcando a los clasificadores raciales según la pigmentación de la piel, sentó el fundamento de la *clase* según la condición económica. Los adalides del *destino de la raza blanca* tuvieron un fiel continuador en Marx al hablarnos éste del *destino de la clase proletaria*. Sabido es que Marx no era proletario ni se hallaba sujeto a las condiciones económicas del proletariado.

El punto de partida económico para distinguir, dividir y clasificar a las *clases* tiene el mismo fundamento científico que el punto de partida epidérmico para distinguir, dividir y clasificar a las *razas*. La *lucha por la existencia* como factor de evolución es tan discutible como la *lucha de clases* como factor revolucionario.

Al sobado argumento de un Hitler, un Mussolini y un Stalin, proletarios y totalitarios; al argumento de un Kropotkin, un Tolstoy y un Bakunin, nobles y revolucionarios, podríamos añadir hoy las derivaciones aberrantes del *clasismo económico*. La experiencia de la *dictadura del proletariado*, en Rusia y en sus países satélites, desvanecen todas las esperanzas depositadas en la *lucha de clases* y en el *destino social del proletariado* como clase dominante.

Trataremos de demostrar que la *dictadura del proletariado*, rechazada especialmente por las organizaciones revolucionarias, sindicalistas o anarco-sindicalistas, es una consecuencia de la doctrina de *clase* y de la *lucha de clases*, que aceptan, por otra parte, el sindicalismo y anarcosindicalismo militante.

La concepción kropotkiniana sobre el mundo natural de las especies y sobre el mecanicismo de la evolución social representa uno de los aspectos fundamentales del anarquismo. El anarquismo se define y va tomando cuerpo a partir del momento en que se ponen reparos severos a la concepción inhumana de un mundo librado a la *ley del más fuerte*, a la dictadura y a la brutalidad. Frente a la guerra entre las especies, Kropotkin descubre la ley del apoyo mutuo, el valor de la asociación. Marxismo y anarquismo empiezan a enfrentarse blandiendo argumentos científicos de calidad. El supremo artífice de una vida libre ya no es sólo la lucha con todas sus consecuencias de brutalidad. La violencia engendra violencia y el más fuerte ya no es el más apto. La violencia por sistema, la doctrina de la violencia, engendra al superhombre y al super-Estado. La violencia como doctrina produce un retroceso de los sentimientos de humanidad. La violencia emparentada con la libertad crea la esclavitud consentida.

Pero se reivindica todavía la asociación, el apoyo mutuo, la colaboración entre las especies en nombre de ciertas leyes mecánicas de la naturaleza, inspiradas por el objetivo supremo de la fraternidad.

Se ha dado un rudo golpe al trampolín autoritario que hace nacer el Estado, la guerra y la explotación del hombre por el hombre, de una premisa natural insoslayable. Se ha roto con el fatalismo de que la lucha perenne, con sus vencidos y vencedores es condición natural de la vida. Y con ello se abren amplias perspectivas y esperanzas fundadas en un futuro de paz permanente y de libre entendimiento entre los hombres, sin más poderes reguladores que no sean los de la comprensión y la voluntad libremente expresada y consentida.

Pero ello se explica todavía como algo extraño a la voluntad del hombre. Como un fatalismo inalterable por la voluntad del hombre. Las dictaduras, los sistemas de fuerza, la

aberrante sociedad capitalista, están llamadas a caer en virtud de su *base antinatural, anticientífica*.

Una de las divisas que expresa un tal estado de desarrollo de la filosofía anarquista es la célebre frase de Bovio: «*Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía camina la historia*». Dicha premisa puede compararse a otra harto desleída en nuestros días: «*El capitalismo está fatalmente condenado a muerte por sus propias contradicciones internas*». Contamos con abundante literatura sobre la pena de muerte que pesa sobre el capitalismo en virtud de sus contradicciones internas. Las diversas corrientes marxistas han propagado este oráculo desde hace más de treinta años, subrayándolo en ocasión de las graves crisis económicas y políticas que sucedieron a la primera guerra mundial.

Sin embargo, el capitalismo, sentenciado a muerte por sus propios errores y por la base misma de sus leyes de desarrollo y existencia, ha continuado adaptándose a todas las situaciones, mostrando una gran habilidad de maniobra y capacidad de contemporización, ante todas las reformas y ante las mismas revoluciones. Ni el dirigismo, ni el fascismo, ni el bolchevismo han sido capaces de abatirle ni de aplacar sus insolencias.

A la literatura anticapitalista alimentada por el materialismo histórico, se juntó nuestra propia propaganda de un convencimiento absoluto en la supuesta tesis galopante de nuestro sistema económico y político.

La fase suprema en el proceso de diferenciación que hace del anarquismo una teoría propiamente definida, toma auge con la concepción malatestiana del fenómeno de la voluntad y del potencial determinativo del hombre. Ha sido necesario un análisis detenido y una disección de las premisas elementales que caracterizaron a la ciencia del siglo XIX. Ha sido necesario, hasta cierto punto, abandonar puntos de vista dogmáticos y desafiar el acervo común de las llamadas leyes comprobadas atrincheradas tras el parapeto de la ciencia. Ha sido necesario abordar de frente el problema del determinismo, el de las leyes mecánicas de la naturaleza y el de la *ineludible necesidad* del progreso social.

La experiencia deducida de los acontecimientos, el sarcasmo de ciertos resultados, el aumento del poder y prerrogativas del Estado y un horizonte cada vez más cerrado a toda esperanza de libertad; la continua amenaza de las guerras y el fracaso de las reformas y de las revoluciones, trocadas éstas en nuevas dictaduras con fueros corregidos y aumentados; la libertad cada vez más lejana, ha obligado a reconsideraciones apenas intentadas antes.

«Mientras los otros anarquistas más conocidos elaboraban sus ideas casi exclusivamente sobre la base de los acontecimientos científicos logrados hasta poco después de transcurridos los tres cuartos de siglo pasado y las hipótesis que de ellas surgían, él (Malatesta) rechazaba tanto el «*jusnaturalismo*» del 700 como el «*cientificismo*» del 800, no para negar los procesos que sus comprobaciones e hipótesis permiten realizar, sino para utilizarlas sin prejuicio alguno y superarlas sin subordinarse a ellas a priori ni dejarse detener ni trabar por las mismas en el campo de la actividad social.»

El mismo Luis Fabbri, de quien trasladamos las anteriores afirmaciones, nos cuenta cómo conoció el pensamiento malatestiano. Fué con motivo de un artículo sobre la «*Armonía natural*» enviado a «*L'Agitazione*» de Ancona. «*En aquel artículo—dice Fabbri—basándome especialmente en las citas de Kropotkin y de Bovio, sostenía precisamente que en la Naturaleza todo es armonía anarquista, desde los átomos hasta los astros que gravitan en torno al propio centro y recorren su órbita en plena autonomía, sin chocar unos con otros, así también los hombres podrán recorrer su trayectoria de libertad sin degenerar ni confundirse en el caos. No se trata, por tanto, según las erróneas ideas mías de entonces, más que de suprimir los obstáculos estatales y patronales para que los hombres, libres y a merced de sus ten-*



dencias naturales, se vieran conducidos por esa propensión a vivir anárquicamente.»

El artículo de Fabbri fué replicado por Malatesta con este argumento: *Aun destruido el Estado y la propiedad individual, la armonía no nacerá espontáneamente como si la Naturaleza se ocupase del bien y del mal de los hombres, sino que es preciso que los hombres mismos la creen.*»

Dos errores quedan puestos en evidencia: el supuesto fatalismo de las leyes naturales y su tendencia incontenible hacia la anarquía; el principio de las *clases*, según el cual, bastaría eliminar a la representación del privilegio—la autoridad y la propiedad—para que, automáticamente, se cumpla el destino histórico o natural de la Naturaleza.

¡Menguado poder el de una Naturaleza tenida en jaque, no por los hombres ni siquiera por la mayoría de los hombres, sino por una minoría, por una simple minoría constituida u organizada en clase, oponiéndose durante veinte siglos de historia escrita a los anhelos de la mayoría de los hombres—la otra clase—y a los designios de las leyes y fuerzas naturales!

Hemos argumentado ya bastante sobre los supuestos designios y planes de la Naturaleza. Los propios naturalistas del siglo pasado entraban en colisión, con sus doctrinas sobre la armonía universal, al ver en la *lucha por la existencia* una necesidad fatal, trasunto de evidentes imperfecciones en el orden natural. Los mismos marxistas planteaban la necesidad de la *lucha de clases*, la fomentaban y alentaban a ella, no obstante su criterio dogmático sobre las leyes de la evolución.

El descubrimiento en el organismo del hombre de órganos inútiles o perjudiciales al funcionamiento general obligó a apearse de su romanticismo a muchos panegiristas de la perfección y sabiduría en nuestra madre común. Y a las imprecaciones contra dios, sabio, perfecto y cómplice o consentido al mismo tiempo de las miserias e injusticias de la tierra—uno de los puntales del ateísmo—, se juntó la maldición gitana contra las monstruosidades caprichosas de la sabia, cauta, previsor y magnánima naturaleza.

El argumento de nuestra supina ignorancia e incapacidad para desentrañar los fines, altos o profundos, ocultos a nuestra capacidad de análisis, convencieron tanto como la supuesta pequeñez del hombre para enjuiciar a la justicia divina.

Lo que cada día vemos más claro es que en el universo, en los dominios de los astros, de los átomos y del hombre, se suceden las cosas como buenamente pueden. Y que suelen producirse manga sobre hombro allá arriba como aquí abajo. Que hay guerras entre astros, cataclismos horribles por accidentes de tráfico o por transgresión de esferas de influencia. Allá en el cielo como aquí en la tierra hay choques, invasiones y guerras más o menos controladas. El hombre es el único tutor de sí mismo, el único capaz de convertir su caos en una armonía, bastándole para ello la conciencia del peligro y el deseo y la voluntad para superarlo.

«¿Qué es la voluntad en su esencia?—preguntaba Malatesta—. No lo sabemos. Pero, ¿sabemos acaso lo que son en su esencia la materia y la energía? Lo ignoramos. Esta nos parece la última palabra que pueda decir, al menos por ahora, una prudente filosofía. Pero nosotros queremos vivir una vida consciente y activa; y tal vez exige, a falta de conocimientos positivos, ciertas presunciones necesarias que pueden ser inconscientes, pero que están siempre en el ánimo de todos. Y la primera de estas suposiciones es la eficacia de la voluntad...»

Toda ciencia exige verdades demostradas o, por lo menos, admitidas. En los dominios científicos, a falta de demostraciones positivas, podemos permitirnos paréntesis dilatadas de investigación previa a la formulación definitiva. Pero, ¿es esto aplicable a la vida del hombre?

Podemos recurrir a todas las prevenciones con anterioridad a la proclamación de un descubrimiento, el de un nuevo

planeta por ejemplo. Nadie creería en nuestra sola palabra. La existencia oficial de un nuevo astro podrá esperar años, décadas y siglos. El astro no existirá ni se le ocurrirá al astrónomo impacientarse, clamar contra la incredulidad, escandalizar y rasgarse las vestiduras a la vista del público. El astro en embrión puede esperar pacientemente la hora cero de su nacimiento científico y seguir todo el mundo los haceres de su vida normal como si aquél no existiera.

¿Debe el hombre interrumpir su existencia, cerrar los ojos, negarse a respirar so pretexto de que la ciencia no ha revelado todavía el misterio de la vida y de la voluntad del hombre?

¿Debemos aguardar a que voluntaristas y deterministas consigan ponerse de acuerdo o cedan unos a los argumentos de los otros para decidimos a hacer uso de nuestra voluntad o para abandonarnos al capricho de las circunstancias y de los acontecimientos?

¿Pueden ser aplicados a la *realidad-hombre* los mismos métodos y la misma lógica racionalista que rige la investigación del mundo físico?

Para empezar a vivir ningún ser esperó a tener conciencia—ni absoluta ni relativa—de lo que era la vida. Bastó una presunción sobreentendida para que las cosas tomaran realidad ante nuestros ojos. A este punto de partida llama Malatesta *presunción necesaria o principio activo*.

El principio activo por excelencia es la voluntad. No se puede ser anarquista ni revolucionario sin creer en el principio activo de la voluntad. La libertad, razón de ser de nuestras ideas, carece de sentido lógico en el mismo instante en que negamos al hombre la potestad determinativa y de *propio movimiento*; a partir del momento en que afirmamos el principio mecanicista de nuestras reacciones; en que nos abandonamos al reino de la fatalidad.

«La existencia de una voluntad capaz de producir efectos nuevos, independientes de las leyes mecánicas de la naturaleza, es una presunción necesaria para los que sostienen que es forzoso reorganizar la sociedad.»

Al hablarnos de *presunciones*, Malatesta ha querido evitarse toda tentación absolutista. La misma amplitud de criterio hizo que no rompiera radicalmente con el principio de casualidad que, al decir suyo, «*responde admirablemente a ciertas necesidades de nuestro intelecto y es guía seguro en el estudio del mundo físico-químico*».

El problema reside en si es dable aplicar aquellos principios a las relaciones humanas. A este respecto, Malatesta remite al tiempo la solución científica, guardándose él mismo de un pronunciamiento categórico, prematuro y peligroso.

No fueron los conocimientos científicos quienes llevaron al hombre a concebir la justicia y a desear la libertad. Ante todo, la anarquía es un sentimiento, no una fórmula de laboratorio. La ciencia podrá decirnos mañana—o no nos dirá nunca—la última palabra. Antes de que naciera la ciencia los hombres se indignaban contra la injusticia y luchaban por la libertad. El sentimiento de la justicia y el principio activo de la voluntad preceden a toda preocupación analítica y a todo rigorismo metódico. Se mueven en el mundo de las emociones y de los sentimientos.

El establecimiento de una *ciencia social* ha conducido a ciertos hombres a negar primero, para sacrificar después, el principio activo de la voluntad y la misma libertad. Los arrebatos de Lenin contra la libertad—«*prejuicio pequeño-burgués*»—no pueden ser achacados al solo vértigo del Poder. Se deducen plenamente de la dialéctica marxista, es decir, de la interpretación científica de los fenómenos sociales según la metodología aplicada al mundo físico-químico.

El capitalismo tiene, también, su dialéctica y su interpretación materialista de las realidades económicas a las que subordina todo escrúpulo moral.

El anarquismo, como toda corriente ideológica nacida del común denominador socialista a que condujeron los experi-



mentos revolucionarios de los siglos XVIII y XIX, es una amplia concepción de la vida cuya originalidad viene acusándose con la sucesión de las décadas. Su ciclo de evolución no se ha cerrado todavía. Es curioso y aleccionador observar cada una de sus fases de diferenciación.

La primera de estas fases, la *suprema negación de la autoridad*, ha ido seguida de esfuerzos continuados de superación, eliminativos de incrustaciones extrañas. Ningún ideal nace perfecto. El anarquismo, como ideal humano, estrechamente vinculado, al hombre, no ha podido sustraerse a una serie de influencias en pugna más o menos abierta con sus finalidades.

Estas influencias son de dos órdenes. Arrancan unas de vinculaciones relacionadas con su propio origen; otras, fueron adquiridas sobre la marcha de la acción militante.

Por firmes que sean las convicciones, el giro de los acontecimientos produce su efecto en el espíritu de los hombres. Un acontecimiento determinado de tipo social o político, ha tenido más repercusión en nuestro espíritu que toda la literatura bien o mal digerida. Los hechos son siempre más elocuentes que las palabras. Las emociones, trasunto de los hechos palpitantes, fueron siempre más categóricas que todas las definiciones abstractas.

El anarquismo tuvo un primer impulso de gran florecimiento. Las afirmaciones y negaciones rotundas de Bakunin toman cuerpo a través de las concreciones científicas de Kropotkin. Pero hasta Malatesta, el anarquismo no ha conseguido librarse de ciertas premisas que representan todavía una concesión o vinculación al resto de las tendencias socialistas. Mientras el objetivo político aparece inconfundible, la confusión preside en algunos aspectos fundamentales.

Hemos intentado explicarnos estas lagunas relacionando los hechos con las preocupaciones dominantes en una época de auge científico-materialista. Plumas más autorizadas que la nuestra, arremetieron a fondo contra la pretensión absurda de una interpretación de las relaciones humanas, negando, sobre los fenómenos sociales, el rigor interpretativo científico habitual en las exploraciones sobre el mundo físico. El determinismo condujo—a través del marxismo—al fatalismo, a la negación de la *realidad-hombre como principio activo* y al escarnio sobre el principio de libertad.

El anarquismo, que es en potencia la filosofía de la libertad, no podía aceptar ningún parentesco con la concepción determinista del mundo físico y fatalista de la historia. Todos los argumentos de la ciencia—la ciencia es a fin de cuentas el estado actual de nuestros conocimientos—no podían inclinarnos resignadamente ante una sentencia implacable y permanente: el sacrificio inapelable de nuestra personalidad.

La libertad es inseparable de la personalidad. Negada nuestra personalidad, la causa de la libertad, el sentido intrínseco de la justicia, se convertía en una quimera.

El punto de vista malatestiano tiene por encima de toda sobreestimación polémica, un hondo sentido complementario. Es improcedente enfrentar la fruición metódica de Kropotkin con las observaciones sutiles de Malatesta. Ambos teóricos, más que repelerse, se complementan. Por encima de las debilidades personales hallamos la concepción anarquista depurándose y superándose continuamente.

Los que acusan al anarquismo de parálisis infantil, han visto mal este proceso de continua superación, arrancando del génesis socialista y prosiguiéndose hoy a la vista del trágico experimento soviético.

El anarquismo ha conseguido definirse a sí mismo como una corriente original interpretativa de los fenómenos sociales, esquivo a la trampa del fatalismo. El fatalismo es el reducto supremo de la autoridad, antítesis ésta de la libertad. El anarquismo es el mejor estímulo de la conciencia del hombre, de su esfuerzo determinativo y realizador, que es decir de su soberanía, de su acción revolucionaria y renovadora. Su afirmación del valor del individuo y social del federalismo, reduce progresivamente el campo de acción del Estado, minando el nefasto principio de autoridad.

La concepción kropotkiana, el que llamaríamos espíritu de concreción anarquista, es más que necesario imprescindible para la difusión y arraigo de las ideas. En determinadas épocas, se ha acentuado la tendencia hacia la abstracción. Se habla demasiado de ideas y de principios en el sentido doctrinario de la palabra. Sufrimos verdaderas inundaciones de doctrinarismo. En nuestra época, pasamos sin transición del circunstancialismo más oportunista al lirismo más etéreo. Hablar y teorizar sobre hechos a secas, sin detenernos en su significado moral; hacer filigranas retóricas con nubes de imágenes, es hacer metafísica de la peor. Las definiciones se comprenden mal sin los consiguientes ejemplos. El triunfo de la pedagogía moderna consiste en el profundo intercalado de ilustraciones en los textos escolares. Los hechos y referencias concretas son ilustraciones para las ideas. La idea es inseparable de la realidad y la realidad inseparable de la idea. Las ideas simples son simples juegos de palabras. Las solas definiciones no definen nada.

Hay que aplicar nuestro anarquismo a los hechos, no sólo para que el pueblo comprenda nuestras definiciones, sino para entendernos nosotros mismos. Hay que insuflar nuestro anarquismo de realidades vivas, de hechos palpitantes. Hay que acabar con la gimnasia retórica dialéctica. Hay que suprimir la divagación de nuestras exposiciones.

Concedamos al pensamiento la autonomía de vuelo necesaria que nos permita atalayar el campo de nuestro próximo aterrizaje en el cercano futuro. Demos rienda suelta a nuestra imaginación y fantasía. Todos los utopistas fueron grandes pioneros de realidades. Pero no perdamos de vista nuestra condición de ciudadanos de un mundo y de una época.

Miremos hacia el futuro sin dejar de vivir en el presente. Veamos en el mundo físico la fuente de nuestras necesidades y el emporio de nuestras satisfacciones, siempre mediante nuestra actividad. Veamos en la ciencia un instrumento de trabajo y no un grillete de esclavitud y de tortura. Sin perder de vista la inmensidad de lo desconocido ni nuestros medios precarios de conocimiento, sepamos distinguir entre una hipótesis y una verdad demostrada; una verdad absoluta de una verdad relativa. No exaltemos nuestras verdades a la categoría de dogmas. Discernamos cautamente, prudentemente, entre el mundo físico y el mundo del hombre, entre las fuerzas físicas conocidas y las desconocidas; entre los sentidos, los instintos, las pasiones y los sentimientos morales.

Sepamos—como diría Malatesta—obrar y vivir como seres activos y responsables sin esperar a que surja de cualquier laboratorio mágico la fórmula maravillosa, reveladora del misterio de la vida y del enigma del hombre.

José PEIRATS.



# LA REBELION DE CRONSTADT<sup>(7)</sup>



## Complicación de los acontecimientos



El 1921 fué el año crucial de la Revolución en Rusia. Sobre todos los frentes (especialmente el de Cronstadt y el de Petrogrado), la lucha contra la reacción llevaba el signo de la victoria habiendo hecho besar el polvo de la derrota a sus diversos representantes, encarnados en Kornilov, Yudenich, Wrangel, Kolchak, etc., etc. Todo el pueblo, que había honda y gravemente sufrido durante los años trágicos de la guerra civil, pero que había resistido todo para poder realizar su propia revolución, esperaba, confiado, que a partir de entonces las cosas habrían de ir mejor. Consideraba necesario que fueran abolidas todas las restricciones contra la libertad y contra los órganos esenciales de la revolución, como lo habían sido, por ejemplo, los «soviets». Y deseaban que los Soviets volvieran a ser los órganos económicos y políticos reguladores de la vida del pueblo, asegurando su continuidad por una afirmación creciente de las conquistas revolucionarias. El pueblo comenzaba a hacer oír su voz. Las fuerzas profundamente revolucionarias, las que en verdad constituían la expresión viva de la revolución en marcha, reem-

prendían su aliento. En el propio partido comunista bolchevique nacía entonces la famosa «oposición obrera» (8). Justamente en el 1921, al mismo tiempo en que se procedía a la convocatoria del segundo Congreso de la Internacional Comunista y del Congreso Constitutivo de los Sindicatos Rojos, publicaba esta fracción su Plataforma, la que, entre otras muchas, estaba suscrita por la firma de Alejandra Kollontai.

Por entonces, el partido comunista se había asentado fuertemente en el poder y sistemáticamente demolía todo cuanto podía obstaculizar su hegemonía, sofocaba toda expresión radical de la revolución y metía en la cárcel a todos los exponentes de estas ideas y aspiraciones.

Y justamente en aquel año se agudizaba la represión contra los militantes anarquistas. Entre los pocos que se atrevieron a elevar su protesta contra todos estos abusos, además de los campesinos insurrectos de Ucrania, se cuenta, en primer término, a los marineros de Cronstadt. Y no era ésta la primera vez que hacían sentir su voz y su gesto de protesta (9).

Frente a esta reacción «las últimas esperanzas del proletariado desaparecían; se reafirmaba la convicción de que el partido comunista se interesaba más en conservar su Poder político que en salvar la revolución», escribía Alejandro Berkman en su opúsculo sobre la «Rebelión de Cronstadt». Esta constatación no era más que una dura realidad. De hecho, después de haber sofocado el espíritu revolucionario de los campesinos ucranianos, allí donde asomaba un principio de descontento, incluso en los centros industriales, la reacción de los elementos del partido se hacía brutal y despiadada.

En Petrogrado, hacia los últimos días de febrero del 1921, después de haber pasado por uno de los

(7) Los libros que hablan de esta revuelta con cierta amplitud y simpatía se encuentran ahora en gran cantidad. Las obras más importantes, expuestas en el orden cronológico de su publicación, son:

«The Kronstad Rebellion», de Alejandro Berkman. Edición en inglés y en alemán, Berlín, 1922, Edición del «Der Syndikalist», 42 páginas; Edición española («La Rebelión de Cronstadt»), tirada de 25.000 ejemplares distribuidos gratuitamente y publicados por el «Comité por la libertad de los anarquistas presos en Rusia», en Buenos Aires, 1923, 32 páginas; «Kronstadt, su significación en la Revolución rusa»; edición rusa hecha por «Der Syndikalist», Berlín, 1923 y edición española por la Biblioteca «Vértice», Barcelona, 1924, 172 páginas. «Répression de l'anarchisme en Russie soviétique», por el «Grupo de anarquistas exilados en Alemania», París, 1923, Edición de la «Librairie Sociale», 128 páginas. Traducción de Voline. Introducción de A. Colomer y un prefacio. La obra está dividida en dos partes: 1.º «Ojeada general», 2.º «Las víctimas del poder comunista»; «L'insurrection de Cronstadt», por Cillica, Lyon, 1946, ediciones del «Proletaire», órgano de los comunistas revolucionarios, de la página 3 a la 13. Contiene incluso un artículo sobre «La révolution prolétarienne en Hongrie». «La Révolution Inconnue, 1917 à 1921», por Voline, París, 1947, edición de «Les Amis de Voline», 690 páginas. Voline dedica a la rebelión de Cronstadt una gran parte de su libro, desde la página 403 a la 506. «La Commune de Cronstadt, Crépuscule sanglant des soviets», por Ida Mett, París, 1948. Ediciones «Spartacus», 88 páginas.

(8) «La oposición obrera en Rusia», por Alejandra Kollontai. Alcoy, España, 1925, 70 páginas.

(9) «Cuando en abril del 1918, el gobierno ataca a los anarquistas, en Moscú y en diversos centros, cerrando sus locales, suprimiendo sus periódicos y metiendo en la cárcel a sus militantes, Cronstadt mostró una vez más sus uñas. Pero éstas no tenían el mismo filo. Les era ahora imposible, a los marineros, «el volver sus cañones contra los impostores». Y desde luego no se hallaban ya al alcance de sus armas: éstos se habían parapetado, como ciertos tiranos precedentes, detrás de los muros del Kremlin, en Moscú». Voline, obra citada, «La Révolution Inconnue», ver la página 433.



inviernos más terribles, sin pan y sin calefacción; ahogados por la burocracia, que había suplantado totalmente las organizaciones del verdadero Soviet, se había ido formando una viva agitación entre la población desilusionada por la actividad comunista. Habían comenzado a producirse huelgas esporádicas en los establecimientos y fábricas importantes. La primera huelga había tenido lugar el 2 de febrero, en las fábricas Trubotchny y al día siguiente los obreros organizaron una manifestación contra la que fueron enviadas, como antaño, los «cadetes oficiales» del régimen. Pero las huelgas se fueron extendiendo y ganaron bien pronto otras fábricas importantes como la Baltisky y la Laferme; unos días más tarde se declaró el paro en la gran fábrica de calzados Skorokhod, así como en los establecimientos Bormann; en la Metallischeski, culminando, el 28 de febrero, con la huelga de la famosa fábrica Putiloff.

Las peticiones de los obreros consistían en el requerimiento de una mejor organización de los suministros; la posibilidad de circular en la campaña en un radio de cincuenta kilómetros; la supresión de los puestos de control policiaco que arrancaban a los obreros hasta los pobres kilos de patatas que podían encontrar. Algunas fábricas pedían también la reapertura de los mercados. Desde el punto de vista político se reclamaba la convocatoria de elecciones libres para la designación de nuevos Soviets.

En un manifiesto lanzado el 27 de febrero, se decía claramente lo que reclamaban los obreros de Petrogrado:

«Es absolutamente necesario un cambio fundamental en la política del gobierno. En primer lugar, los obreros y los campesinos tienen necesidad de libertad. Estos no quieren vivir bajo las prescripciones de los bolcheviques: los trabajadores quieren decidir por sí mismos de sus propios destinos.

»¡Compañeros, mantened el orden revolucionario! Exigid, de manera organizada y decidida la libertad de todos los detenidos socialistas y obreros sin partido;

»La abolición del estado de sitio; el uso de la libertad de palabra, de prensa y de reunión para todos los trabajadores;

»Elecciones libres de los Comités de fábrica y de los representantes sindicales al Soviet» (10).

Este documento era una respuesta directa a la orden emitida por los bolcheviques declarando el estado de sitio, promulgada el 24 de febrero, y que decía:

«Orden del Comité de defensa de la plaza fuerte de Petrogrado:

»Por decisión tomada por el Comité ejecutivo del Soviet de Petrogrado, el día 24 de febrero, el Comité de defensa de la plaza fuerte de Petrogrado recibe el encargo de declarar el estado de sitio en la ciudad de Petrogrado. En ejecución de tal decisión ponemos en conocimiento de la población de Petrogrado que:

«1.—Queda categóricamente prohibida la circu-

lación por las calles de Petrogrado a partir de las 23 horas;

2.—Quedan prohibidos todos los mítines, asambleas y reuniones, tanto al aire libre como en locales cerrados, sin una autorización especial del Comité de defensa;

Las personas culpables de infracción a estas órdenes serán juzgadas con toda la severidad que reclaman las leyes en tiempo de guerra.

El comandante de la región militar de Petrogrado: **Avrov**; Un miembro del Consejo de guerra: **Lachevitch**; el comandante de la plaza fuerte de Petrogrado: **Bouline**».

Acto seguido comenzaron las detenciones y las clausuras de los locales obreros. Los marineros de Cronstadt, alarmados por el cariz que asumían los acontecimientos de Petrogrado y a los efectos de tener una idea precisa de cuanto ocurría, enviaron una delegación el 26 de febrero, la cual, después de haber recorrido muchas fábricas, volvió a Cronstadt el 26 de febrero y convocó una reunión con la participación de todos los representantes de los marineros. Esta reunión tuvo lugar a bordo del navío de guerra «Petropavlosk» y en ella se adoptó una resolución que fué refrendada y aceptada de inmediato por la asamblea general de los marineros de Cronstadt, pertenecientes a las unidades de la Armada Roja e incluso por la población obrera, convocada especialmente a un mitin en la famosa plaza del «Ancla», el día 1.º de marzo, hallándose presentes Kalinin, presidente de la República y Vassilieff, presidente del Soviet local.

Esta resolución, a pesar de ser conocida, debe ser reproducida en este trabajo, ya que es el documento más importante del momento, en lo que respecta a la exposición de las razones que impulsaron a la revuelta a los marineros de Cronstadt, y porque además éste representa ante nuestros días el «programa» de la insurrección. He aquí su texto

«Resolución adoptada en la reunión general de la primera y de la segunda escuadra de la flota del Mar Báltico, realizada el 1.º de marzo del 1921, en Cronstadt:

Una vez oída la información de los delegados enviados a Petrogrado, la reunión de los marineros convocada para examinar la situación, previa la discusión correspondiente, decide:

1.—En vista de que los Soviets actuales no representan los deseos de los trabajadores y de los campesinos, se considera necesario proceder inmediatamente a nuevas elecciones del Soviet, mediante voto secreto, concediendo completa libertad de palabra y de acción a los obreros y a los campesinos para la organización de la campaña electoral;

2.—Conceder la libertad de palabra y de prensa a todos los obreros y campesinos, a los anarquistas y a los partidos de izquierda (11);

3.—Asegurar la libertad de reunión a todos los sindicatos y a las organizaciones campesinas;

(10) Este documento se encuentra en el opúsculo publicado por Berkman en el 1922: «The Kronstadt Rébellion», en su página 7. Se halla también reproducido en el libro de Voline: «La Révolution Inconnue», en su página 438.

(11) «Se necesita haber conocido Cronstadt para poder comprender el verdadero sentido de esta cláusula. En efecto, ello da la idea de un deseo de limitar la libertad de palabra y de prensa ya que no exige esta libertad nada más que para las corrientes de extrema izquierda. La resolución lo hace así únicamente para evitar de antemano toda posibilidad de confusión acerca del ver-



4.—Convocar, a más tardar para el 10 de marzo del 1921, una conferencia—libre de toda influencia de partido—a los obreros, campesinos, soldados y marineros de Petrogrado, Cronstadt y los suburbios y alrededores de Petrogrado;

5.—Liberar a todos los presos políticos socialistas y a todos los obreros, campesinos, soldados y marineros, detenidos por haber participado en los movimientos de reivindicación originados por los trabajadores;

6.—Designar una Comisión con el encargo de examinar y proceder a la revisión de todos los casos relacionados con los presos que se hallan en las cárceles y en los campos de concentración;

7.—Suprimir las llamadas «oficinas políticas», puesto que ningún partido tiene el derecho de usufructuar privilegios especiales para la propagación de sus ideas, ni recibir del Estado apoyo económico para tal finalidad. En su lugar deberán ser creadas Comisiones de educación y de cultura social, elegidas localmente y financiadas por el gobierno;

8.—Suprimir inmediatamente todos los puestos de control (12);

9.—Uniformar el racionamiento en partes iguales para todos, salvo para aquellos que ejercen oficios peligrosos para su salud;

10.—Supresión de los «destacamentos comunistas» de guerra en todas las unidades del ejército y los cuerpos de guardia comunistas en las fábricas y talleres. En caso de necesidad, estos destacamentos y cuerpos de guardia podrán ser designados en el propio ejército por los soldados, y en las fábricas por los trabajadores;

11.—Dar a los campesinos plena libertad de acción en lo que se refiere a las tierras, e incluso el derecho de criar animales, que deberán mantener y cuidar con sus propios medios, sin el empleo de mano de obra asalariada;

12.—Pedir a todas las unidades militares y a nuestros «compañeros» los cadetes oficiales («Kursant») la aceptación de nuestras resoluciones;

13.—Pedir a la prensa que de el máximo de publicidad a nuestras resoluciones;

14.—Designar una Comisión de control móvil;

15.—Permitir el ejercicio del artesanado y de la

*dadero carácter del movimiento.* Desde el principio de la Revolución, apenas si habían pasado unos días de cuando la sangre de los oficiales demasiado fieles al régimen cayó en señal de vindicta (pero en lucha), en Cronstadt se realizan las más amplias libertades. Los ciudadanos no eran molestados por nada ni por nadie, fueran cuales fueran sus convicciones. Sólo algunos zaristas inveterados quedaron en las cárceles. Pero desde que pasó el primer acceso de cólera espontánea; a partir del momento en que la razón se sobrepuso al instinto de conservación, se planteó en las reuniones la cuestión de la liberación de todos los presos, hasta tal punto odiaba las prisiones el pueblo de Cronstadt. Se pensó entonces liberar a todos los detenidos, a condición de circular únicamente dentro de la ciudad. En Cronstadt las maniobras reaccionarias no podían tener éxito alguno, pero los marineros no se consideraban en el derecho de suministrar reaccionarios y contrarrevolucionarios a las otras localidades. Las actividades de Kerensky provocaron una nueva oleada de cólera y el proyecto fué momentáneamente abandonado. Pero éste fué el último gesto de malhumor. A partir de entonces, en Cronstadt no se conoció ni un solo caso de persecución por hecho de ideas. Todas las tesis y opiniones podían circular libremente. La tribuna de la plaza del Ancla se hallaba abierta a todo el mundo». Voline. «La Révolution Inconnue», en la página 440.

pequeña industria a domicilio, sin el empleo de la mano de obra asalariada;

La presente resolución ha sido adoptada por unanimidad en la reunión de las dotaciones de la escuadra, absteniéndose de votar solamente dos personas pertenecientes a la marina.

Firmado por: **Petritchenko**, presidente de la reunión y perteneciente a las dotaciones de la escuadra y por **Perepetkin**, secretario» (13).

En la misma reunión se decidió la designación de un Comité, encargado de contactar con Petrogrado, para explicar a los obreros y a las guarniciones la petición de Cronstadt. Otra delegación independiente habría de ser enviada por Petrogrado para personarse en Cronstadt, constatar el verdadero estado de cosas y su relación con la resolución de los marineros.

La Comisión enviada por Cronstadt a Petrogrado, compuesta de unos treinta miembros, fué detenida en el camino y no se supo nada más de la suerte que cupo a sus miembros.

El mitin del 1.º de marzo fué convocado justamente para esa fecha porque al día siguiente debía procederse a la renovación del Soviet de Cronstadt.

En el mitin, entre otros oradores de diferentes tendencias, hicieron uso de la palabra el presidente de la República, Kalinin, y otros dos comunistas de rango: Kouzmine, comisario de la Flota del Báltico y Vassilieff, presidente del Soviet de Cronstadt. Los tres atacaron violentamente las decisiones tomadas por los marineros (14). Hasta tal extremo llegó el ataque que los marineros, después de haber dejado marchar al presidente Kalinin detuvieron a los otros dos violentos comunistas.

**Ugo FEDELI.**

(12) Se trataba de la formación de destacamentos armados y circulantes alrededor de las ciudades. Su misión oficial era la de suprimir el comercio ilícito y de confiscar los víveres y otros productos de venta. La arbitrariedad e irresponsabilidad de estos «puestos de control» se habían hecho proverbiales en todo el país. Hecho significativo: el gobierno suprimió estos grupos de control la víspera de su ataque a Cronstadt. Por este procedimiento se trataba de engañar y adormecer al proletariado de Petrogrado. Voline, «La Révolution Inconnue», pág. 441.

(13) Esta resolución se encuentra en todas las publicaciones que se refieren a la rebelión de Cronstadt. En la edición inglesa del trabajo de Berkman, en las páginas 10 y 11; en la edición española, páginas 7 y 8; en el libro de Yarchuck, edición española, páginas 147, 148 y 149; en el libro de Voline, edición francesa, páginas 440 y 441; en el de Ida Mett, páginas 30 y 31. Pero de unos a otros se observan pequeñas diferencias, debidas sobre todo a las múltiples traducciones, realizadas muchas veces un poco libremente. He tenido en cuenta la publicada por Berkman y por Ida Mett porque corresponden más directamente a una copia que obtuve en mi visita a Rusia, pocos días después de haber sido sofocada la rebelión de Cronstadt.

(14) El 1.º de marzo tuvo lugar una reunión pública en la plaza del «Ancla». Esta fué convocada «oficialmente» por la primera y la segunda escuadra de la flota del Báltico. El anuncio apareció en el órgano del Soviet de Cronstadt. El mismo día, el presidente del Ejecutivo central pan-ruso, Kalinin y Kouzmine, Comisario de la flota del Báltico, llegaron a Cronstadt. Kalinin fué recibido con todos los honores militares, con música y banderas desplegadas. 16.000 marinos, soldados rojos y trabajadores, asistieron a la reunión. Esta la presidió Vassilieff, presidente del Comité ejecutivo del Soviet de Cronstadt. Los delegados de las comisiones enviadas a Petrogrado dieron a conocer sus informes e impresiones. La multitud, vivamente indignada, expresó su desaprobación ante los métodos empleados por los comunistas para ahogar las legítimas as-



## BIOGRÁFICAS

# PERCY BYSSHE SHELLEY



TAUTO se ha escrito acerca de este notable poeta inglés que por un temor inconcebible en insistir y abundar con el tema su personalidad parece desvanecerse fuera de la órbita de la literatura de este país. Un modesto pero sentido reconocimiento a su labor revolucionaria y a los rasgos más brillantes de su conducta diaria durante su corta existencia, es lo que me incita a recordarlo a través de nuestra publicación, presta siempre a valorizar lo bueno de los hombres, sean quienes fueran. No basta con conocer las inquietudes del poeta, del filósofo o del obrero manual para sacar conclusiones en torno a sus ideas y a la voluntad que las anima para hacerlas efectivas.

Shelley era un soñador de una sociedad nueva y en la contemplación en abstracto del paisaje que animaba su inteligente y fecunda mente creó la mejor poesía lírica que se conoce en Inglaterra. Toda su filosofía se basa en la reforma del mundo que conoció y que muy poco ha mejorado social y políticamente en nuestros días.

Como en numerosos casos, pudo el privilegio de que gozaban sus padres, gente de títulos aristocráticos, haber cegado su visión de la realidad. Sus inicios escolares, su comienzo universitario, y su ingenio durante sus primeros tanteos en el campo de las letras de Eton, podían haber sido factores de influencia para el egoísta proceder de desenvolverse ajeno a toda sensación revolucionaria. Sin embargo, no fué así; a medida en que se despertaba el poeta, el hombre se formaba dotado de los elementos indispensables para que la poesía sea completa. Algunos de sus contemporáneos y no pocos de sus admiradores, desde su desaparición a nuestra época, recojen de Shelley sólo su obra lite-

raria, y aún parte de la misma es objeto de reservas, mientras que se pone empeño en censurar, criticar o desmerecer, cuanto menos, el carácter de su filosofía y la norma cotidiana de su conducta personal.

Teniendo en cuenta los ideales que sembraba y esparcía con su poesía y hasta en las más simples conversaciones y correspondencia con propios y extraños, es suspicaz—sino completamente malintencionada—la actitud de algunos historiadores de la literatura inglesa que no han reparado en zarrandear su nombre para desmerecer su vida privada. Habida cuenta de las circunstancias de aquellos años, y de la experiencia que se nos ofrece a través de otros hombres, vilmente calumniados, ya que su personalidad no puede hacerse desaparecer fácilmente, Shelley merece ser recordado, sobre todo cuando se nota en el campo intelectual una laguna en lo que a definición sociológica se refiere. Reconozcamos, empero, que existen excepciones, pero, por ser minoritaria la posición, dable es mostrar para los más y hasta para estímulo de los menos esta silueta del poeta inglés.

Nació Percy Bysshe Shelley en Field Place, cerca de Horsham, Sussex, el día 4 de agosto de 1792. A la edad de doce años fué llevado a Eton desde Sion House. Entre las cualidades que le distinguieron de sus compañeros de aulas se contaba la facultad que poseía para asimilar el conocimiento de otros idiomas. Mientras que por un lado nadie le sorprendía estudiando y si dedicado a contemplar el paisaje y las nubes, por otro lado daba pruebas de conocer las lecciones escolares.

Dice Medwin—uno de sus colaboradores en ciertos trabajos literarios—que era de delicada constitución física; fué alto siempre para la edad que tenía. Sus ojos azules, expresaban el fuego de su inteligencia tanto cuando se extasiaba buscando refugio en las maravillas de la Naturaleza como cuando conversaba, con voz suave y baja de tono. Se caracterizaba su temperamento por la serenidad; toda su vida estudiantil fué igual y solamente ofrecía su rostro marcas de horror e indignación cuando sabía o leía que se cometía contra alguien un acto de injusticia o crueldad. Formóse él mismo espiritualmente. El profesor Dowden dice que esta formación estaba determinada por la grandeza de los versos de Lucrecio; las victorias del pensamiento sobre la materia y las teorías de la «Justicia Política» de William Godwin. Como Condorcet, soñó en el progreso sin límite de la especie humana y en la perfección humana. Entre sus traducciones figuran algunos tomos de la «Historia Natural» de Plinio, siendo vivamente impresionado por el capi-

piraciones de los obreros de Petrogrado. Entonces se presentó a los asistentes la resolución adoptada la noche anterior a bordo del *Petrovavlosk*. En la discusión que se suscitó, el presidente Kalinin y el comisario Kouzmin atacaron la resolución con una extrema violencia, así como a los huelguistas de Petrogrado y a los marineros de Cronstadt. Pero sus discursos no tuvieron el menor efecto y la resolución, puesta a votación por el marinero Petritchenko, se adoptó por unanimidad. — El propio Comisario Kouzmin da la siguiente relación de los hechos: «La resolución fué adoptada por mayoría aplastante de la guarnición de Cronstadt. Esta fué leída en un mitin general de la ciudad, el 19 de marzo, en presencia de 16.000 ciudadanos y adoptada por unanimidad. El presidente del Comité Ejecutivo de Cronstadt, Vassilieff y el camarada Kalinin votaron contra la resolución». (Voline, «La Révolution Inconnue», páginas 439 y 440.)



tulo «De Deo» en el cual el filósofo romano censura los mitos supersticiosos de amores y guerras entre deidades.

Poco antes de su salida de Eton empezó algunos fragmentos de su célebre obra «Queen Mab» (1813); también hizo otras composiciones, publicadas años después y un volumen aún por descubrir de su obra «Poems by Victor and Caire». Medwin, uno de los biógrafos más autorizados del poeta, y a quien se recurre con frecuencia para conocer la vida de Shelley, señala que Miss Harriet Grove hizo algunos capítulos de «Zastrozzi» (1810), detalle que Dowden y otros autores no señalan, admitiéndose dudas de ello. Sin embargo, todos coinciden en que el periodo más productivo de Shelley fué a comienzos del verano de 1809. Un año después se publicó «Original Poetry by Victor and Caire», mientras que «The Nightmare» escrito en ese tiempo jamás llegó a publicarse.

Ese año se residió en la Universidad de Oxford, contando ya con cierto prestigio como escritor. A juzgar por una carta escrita desde allí, la obra «St. Iruyne» (1811) fué inspirada por el «St. Leon» de Godwin. Shelley publicó este libro con el pseudónimo de «Un Caballero de la Universidad de Oxford».

Durante su permanencia allí hizo amistad con otro estudiante, cuya suerte tenía que compartir durante mucho tiempo después. Se llamaba éste Thomas Jefferson Hogg, hijo de una familia aristocrática e influenciada por la política conservadora inglesa. Pese a no tener nada de común, temperamentalmente o espiritualmente, la vitalidad intelectual del amigo descubrió y admiró los rasgos morales e ideales de Shelley interesándose por su vida y aceptando su amistad. Tan asociados vivieron, a pesar de las diferencias de opinión y carácter que es imposible desligar durante este periodo de la vida la de uno de la del otro.

Para salir al paso del oscurantismo eclesiástico escribió un tratado sobre «Necesidad del Ateísmo» (1811), partiendo de tres bases elementales: Sentido, Razón y Testimonio. Este ensayo fué incorporado en las «Notes to Queen Mab» impreso en Oxford. Con el objeto de hacer prosélitos a su causa o de debatir con sus argumentos tema tan delicado por entonces, envió ejemplares, acompañados de cartas escritas a mano, a cuantas personas de prestigio social e intelectual conocía su paradero, originando una movida discusión que terminó en la misma Universidad. La mayor parte de los ejemplares fueron destruidos por sus enemigos en ideas. Como resultado de tal estado de cosas, las autoridades locales influenciaron a los profesores que, con el decano al frente, procedieron a juzgar al rebelde e inteligente poeta. Se le hicieron diversas preguntas por parte del Tribunal y, según indica Leigh Hunt, en su autobiografía, Shelley desafió con respuestas y preguntas al profesorado acerca de la existencia de Dios, motivo éste que sirvió para aumentar la cólera de éstos y para que Hogg—que habíase sumado al destino del amigo—y Shelley fueran expulsados de la Universidad de Oxford el día 25 de marzo de 1811. Años después, en «Essay on Christianity», reconoce no obstante, la misión y enseñanzas del profeta de Nazareth, remarcando que si Cristo volviera hoy sería odiado y perseguido por los más sectarios cristianos.

Salieron a la mañana siguiente hacia Londres,

notándose en Shelley el dolor que le producía abandonar aquel centro, que si bien no compartía las reglas con respecto a creencias, estimaba por su aspecto cultural y por la vida espiritual. No le fué fácil desprenderse del cariño que había sentido durante su breve estancia, a las facilidades para el estudio y, sobre todo, los momentos que había dedicado a contemplar, inspirándose, la antigua capital de Oxon.

Después de ser condenado a no percibir ayuda económica alguna y de no ser recibido por su padre, Shelley, perdió también al amigo. A requerimiento de sus familiares Hogg marchó a York. Indica William Sharp, otro biógrafo, que Sir T. Shelley no estaba de acuerdo con las ideas de su hijo: justicia para todos, libertad de pensamiento y expresión, igualdad entre las leyes, rectificación de los abusos, alteración de las reglas de casamiento y divorcio; en una palabra, el pueblo contra la minoría privilegiada.

Gracias a los primeros envíos de Hogg y a la ayuda económica prestada por sus hermanas, pudo el poeta desafiar los rigores del aislamiento.

Tenía 19 años cuando efectuó su unión con Harriet Westbrook de 16 años, enlace que se disolvió después, quedando Shelley destinado a compartir sus últimos años de vida con Mary Godwin, hija del amigo y maestro. Es precisamente esa parte de su existencia la que se considera más débil y sobre la que se descarga el peso de todas las acusaciones por parte de los «moralistas» de la sociedad actual. No logran asimilar las circunstancias de aquellos tiempos, su juventud, la de Harriet, la obcecada pasión por el suicidio por parte de ésta desde el comienzo (hecho que se consumó después en el lago de Hyde Park), y sobre todo los conceptos del poeta sobre el matrimonio. Esta fase, con ser importante, no tiene las características sobresalientes del resto de sus condiciones.

A comienzos de enero de 1812 supo que Godwin vivía. Le envió una carta llena de ternura y admiración, que sirvió para el inicio de una amistad entre ellos. En la primera entrevista notificó Shelley a Godwin, la influencia que había ejercido «Justicia Política» en su existencia.

Residiendo en Tannyrallt una noche fué despertado Shelley por un extraño ruido producido por la presencia de una persona en el recinto. Después de una lucha cuerpo a cuerpo y tras de hacerse algunos disparos por ambas partes, el agresor huyó por la misma ventana que había usado para penetrar sin lograr ser identificado. Existen autores que califican el suceso de alucinación de poeta; los más abundan en el sentido de que se trataba de un robo. De cualquier forma Shelley resultó levemente herido, y a partir de entonces sufrió de un nerviosismo agitado. Es, sin embargo, muy dudosa la suposición de que se tratase de un robo, cuando su mano estaba siempre dispuesta a tender la solidaridad, dándose el caso que unos días antes había enviado a una viuda una cantidad de dinero y personalmente fué a visitar a Leigh Hunt a la cárcel para ofrecerle su ayuda moral y material, oferta esta última que rechazó este valioso escritor condenado a tres años por un artículo publicado en la revista «The Examiner» en contra del príncipe regente Jorge IV.

Dominado por un intenso ardor de entusiasmo por la causa de los oprimidos y necesitados facilitó—cuando consiguió una pensión económica



anual de su padre—toda clase de ayuda. Dice Ma-docks que no solamente los visitaba testimoniando un gran interés por ellos, si no que les llevaba prendas de abrigo y comida; afirmando otros escritores que tanto era el grado de simpatía hacia estos casos que llegó a frecuentar un Hospital con la disposición de adquirir conocimientos médicos con los cuales realizar algunos servicios, llegando al extremo de presentarse un día descalzo a su casa por haber entregado sus botas a un hombre que ambulaba con el calzado destrozado.

El propio Lord Byron, con el cual llegó a compartir sus últimos años de vida refiere que Shelley «era el amigo más grande y amable que había tenido; lleno de delicadezas, desinteresado hacia las otras personas, y poseedor de genialidad unida a su modestia, que siempre actuaba de acuerdo con él mismo...» No obstante, estas referencias, las más autorizadas versiones, Shelley era considerado por la inmensa mayoría como un auténtico emisario de Satanás; otros lo catalogaban de lunático y sólo para unos pocos era un genio.

Toda su poesía está basada en las ideas que tanto amaba. En «Laon and Cythna», uno de sus poemas, es el propio poeta quien se expresa contra la opresión y la intransigencia. Su pasión por la humanidad, el principio de igualdad entre ambos sexos, sus teorías acerca del amor, su aspiración por una revolución sin derramamiento de sangre, la cual, orientaría a todos los pueblos hacia una confederación universal, eran, en suma, las esperanzas soñadas en cada instante. «The Revolt of Islam» (1818), es una epopeya del espíritu humano, así como la lucha de los pueblos por su libertad, un conflicto entre un águila y una serpiente—emblemas del librepensamiento y de la tiranía respectivamente—en el que sucumbe el réptil.

Su inquietud y el vacío de que era objeto lo lle-

vó a no estar en lugar permanente. Recorrió toda la isla e hizo viajes a Francia, Suiza y otros países, sacando de todos ellos motivos para su fecunda labor literaria. De Italia, donde tantos poetas de la época habían ido no regresaría más.

El día 8 de julio de 1822 salió en barca desde Leghorn, acompañado de un muchacho llamado Viviam (William). Una tempestad azotó el «Ariel» hasta hacerle zozobrar. Días después se descubrió en las cercanías de Via Reggio el cadáver de Shelley, llevado a la orilla por el mar. Trelawny encontró en los bolsillos del poeta dos libros: uno de Sofocles y el de Keats que, a juzgar por las trazas, iba leyendo.

Los amigos Lord Byron y Leigh Hunt fueron los únicos testigos de la incineración del cuerpo de Shelley.

Aparte de las obras mencionadas su producción es la siguiente:

«Posthumous Fragments of Margaret Nicholson» (1810); «Poetical Essay on the Existing State of Things» (1811); «An Address to the Irish People» (1812); «Proposals for an Association» (1812); «Declaration of Rights» (1812); «Letter to Lord Ellenborough» (1812); «The Devil's Walk» (1812); «Vindication of Natural Diet» (1813); «A Refutation of Deism» (1814); «Alastor» (1816); «Proposal for Potting Reform...» (1817); «History of a Six week's Tour through a part of France» (1817); «An Address to the People...» (1817); «Rosalind and Helen» (1819); «The Cenci» (1819); «Prometheus Unbound» (1820); «Edipus Tyrannus» (1820); «Epipsychidion» (1821); «Adonais» (1821) y «Hellas» (1822).

Sus obras póstumas son: «Posthumous Poems» (1824); «The Masque of Anarchy» (1832) y «Essays, Letters from Abroad...» (1840).

GERMEN.

Todos los organismos tienden a su propia conservación, y aunque una especie de «marxismo vulgar» no vacilaría en absorber de nuevo el Estado en la Sociedad y en reducir la Sociedad a la economía, el hecho es que el Estado es el organismo más poderoso de todas las Sociedades, y que, por consiguiente, su tendencia a conservarse debe ser la más claramente pronunciada. A conservarse, y a desenvolverse, hay que añadir. Para Marx el Estado es el «poder concentrado y organizado de la Sociedad», y Max Adler observa justamente:

«En todos los procesos de socialización, es decir, de formación de la Sociedad, se produce cierta organización, que tiene por fin conservar y proteger la forma de vida de los hombres reunidos. Esa organización, con los elementos que la constituyen, forma el gobierno, el Estado de esta forma social». Esa organización, poco a poco, acaba por devorar la Sociedad sobre la cual vive. Marx, en efecto, denunciará por su cuenta «ese poder ejecutivo, con su monstruosa organización burocrática y militar, con su mecanicismo complejo y artificial, con un ejército de funcionarios... al lado del ejército de soldados, espantoso cuerpo parasitario que, como una membrana reticular, se enrosca alrededor del cuerpo de la Sociedad...»; y en la carta sobre el programa de Gotha, hacia consistir la

libertad en el hecho de que el Estado, «de órgano de supremacía sobre la Sociedad, llegue a ser un órgano subordinado a la Sociedad».

Ahora bien: el Estado no tiene recursos particulares. Sus recursos son los recursos de la Sociedad. Toda acción económica del Estado, definida por la condición de que está destinada a él mismo: a sostenerle, a acrecentarle, es captada a la Sociedad; es una acción que empobrece otro tanto a la Sociedad. El Estado no es un ser abstracto, una entidad moral, cuya esencia es el sentimiento que tienen de él las personas. El Estado poetizado por Lasalle, no siendo sino una unidad de los individuos en un todo moral; y que consideraba como «la educación y el desenvolvimiento hacia la libertad de la especie humana», no tiene que ver nada con su realidad estructural y orgánica, donde nos aparece como burocracia, ejército, policía, impuesto, monopolio. El Estado real, es decir, el Estado como organización de un poder de acción sobre los individuos y sobre la Sociedad, es una potente jerarquía de individuos que viven de él y están decididos a ejercer el mando como sus intérpretes, mando que, según un proverbio napolitano, es más dulce que el amor...

Arturo LABRIOLA.





NTES de querer explicar este tema «el arte y el pueblo» sería prudente tratar de entendernos sobre la significación que se da al arte.

Creo que la cosa no será fácil, dado las divergencias que surgieron para definir el indefinible objeto de nuestras preocupaciones: el arte.

Muchas definiciones han sido escritas ya, sin poder aún satisfacer por completo a los interesados. No pretendemos resolver el infinito artístico, ya que para cada uno, el arte toma un sentido diferente donde se mezclan la aspiración individual, el temperamento particular, el carácter privado, las disposiciones originales y propias del espíritu de cada uno y las extravagancias y singularidades de los sentimientos de todos.

Juzgar el arte o definirlo es una pretensión, puesto que nos escapa por todas las mil diversidades de riquezas de formas, de colores y de interpretaciones.

«Si las cuestiones relacionadas con la estética están todavía obscuras, escribía Georges Sorel en 1901, en *El valor del arte*, no será porque no se ha escrito mucho sobre la filosofía del arte; la multiplicidad de estos sistemas ha contribuido seguramente a volver poco comprensibles problemas que estaban ya de por sí muy complicados; esta multiplicidad tenía, sin embargo, razón de ser, porque nos demuestra que el arte no es una cosa sencilla y que ninguna teoría podría resumirla íntegra en las fórmulas de aplicaciones universales y que existen varias filosofías del arte porque existen varios puntos de vista para apreciar la estética.»

Así escribe Henry Poulaille en el capítulo «el arte ante los hombres» de su admirable obra *La nueva edad literaria*.

Esto sitúa, si se puede decir, lo que nosotros revolucionarios, esperamos del arte, pues se trata de esto: queremos situar en una interpretación más humana, más racional aquello que ha sido el objeto de demasiada incomprensión. Quisiéramos, en estas horas de doloroso alumbramiento de un mundo nuevo, sin rechazar ni despreciar los conocimientos de las épocas anteriores, sino al contrario, asimilándonoslos, transformándolos, modificándolos, crear una forma nueva que responda a las necesidades de todos; en una palabra, buscar la síntesis que daría al pueblo la dicha máxima en la belleza renovada de las artes, de las ciencias y de las letras.

No ignoramos la continua transformación que anima la materia tratada por el artista y, si las teorías, las escuelas, las fórmulas, pueden pasar y desvanecerse delante de otras teorías, escuelas y fórmulas nuevas, para transformarse bajo el impulso de ideas siempre renovadas, comprendemos cuánto se identifica el arte a la vida—diariamente

en fermentación—, y comprendemos también que no puede cristalizarse sin caer en una senilidad vergonzosa.

Carlos Hotz decía: «Está (el arte) íntimamente ligado a los hombres por todo aquello que en ellos se encuentra y que a su alrededor se manifiesta; por todo lo que provoca su actividad, aumenta su entusiasmo, les causa alegría o dolor. Las perturbaciones que modifican su situación repercuten—en forma ya individual, ya colectiva—sobre el arte, tanto sobre el esfuerzo del individuo productor—el artista—, que por la influencia que ejerce sobre el individuo receptor—el público—, bien sea éste la muchedumbre o el círculo reducido formado de amigos o amateurs, a los cuales se destina la obra de arte y que son llamados a apreciar su mérito y a participar de su emoción.»

¡Y los hay que pretenden separar el arte del pueblo, y los hay que quieren denegarles afinidad, cuando se compenetran el uno al otro! ¿No será un sacrilegio de parte de los ricos y de los poderosos el haber impedido hasta hoy dicha expansión? Ya en 1887, escribía Tolstoi a Romain Rolland sobre el particular: «Hoy, el malestar proviene de que la gente, pretendida civilizada, teniendo a su lado los sabios y los artistas, forma una casta privilegiada, como los sacerdotes. Y dicha casta tiene los defectos de todas las castas. Degrada y rebaja el principio de virtud sobre el cual descansa su base.»

Las revoluciones, restituyendo a todos lo que era patrimonio de todos, hicieron más para el arte y el pueblo que la ayuda «con cuantagotas» del Estado, que no ofrecía sino museos afeados por sus pretensiones propietaristas o «donatistas».

Demasiada gente se complació en presentarnos una definición del arte, buscando en los dominios del abstracto una metafísica que satisficiera su mística, olvidando que la vida está sobre la tierra.

Definir el arte, es definir la vida, pintar el humano, ya que el arte no es sino la expresión de un concepto de la belleza, sobre la vida social y espiritual de los hombres y de las cosas.

Se podría fácilmente polemizar sobre el valor de lo bello, pero no basando tal polémica sino sobre diferencias de interpretación, de definición, y, sin aceptar en sus pretensiones totalitarias el pensamiento de Carlos Hotz, se puede compartir lo esencial de su criterio: «Considerar bella la vida, es ver en ella lo que tiene o lo que podría tener de agradable, de grande, de armonioso, de desinteresado; es buscar en ella una perfección en la forma de expresar el pensamiento, el sentimiento. En una palabra, es considerarla superior a los hábitos que reglamentan nuestra existencia diaria, apreciarla en sus manifestaciones favorables a nuestra satisfacción y a nuestros deseos, o idealizarla, imaginándola bajo nuevos aspectos, aquellos de los que quisiéramos verla adornada. Si bien siento inte-



riormente que no existe armonía perfecta en un pensamiento roído por la duda y si la realidad no es de una belleza ideal, ¿no hablamos acaso del arte y del pueblo, es decir, no buscamos en el arte los factores capaces de ayudar al pueblo en su liberación? Y entonces podemos pensar con el autor de «¿Qué es el arte?», que el arte es un órgano del progreso humano.

Definido de este modo, y dejando a todos libres de interpretar lo expuesto de los modos más diversos; permitiéndome las reservas que me imponga el íntimo escoger de mis holgazanerías artísticas, identifico el arte al pueblo, y, haciéndolo, exalto las fuentes estéticas que forman esta fuerza social que mañana será una energía en la lucha y la liberación de los pueblos que aspiran a un perfeccionamiento que les lleve a la justicia, a la libertad y a la fraternidad.

Pero las revoluciones, y hasta los cambios de régimen, han dado luz a nuevas costumbres. Hoy, se habla otra vez de arte revolucionario, de arte proletario, de arte de clase. Muchos embadurnadores se sintieron, un poco tarde, con alma de subversivos. Muchos dicen descubrir una simpatía grandiosa hacia las asociaciones revolucionarias, buscando la justificación de su indiferencia de ayer en explicaciones insensatas cuando no son hipócritas. La necesidad de ganarse la vida hace muchas cosas, el «arribismo» hará lo demás y nunca el ideal habrá sufrido tantas deformaciones.

No se trata de servir el ideal como si fuese una obligación o una necesidad; se debe pensarlo y, después de haberlo pensado, amarlo. Más tarde vendrán las manifestaciones del exterior; la acción destructiva o constructiva por los unos, el arte por los otros. Cada uno llevará su piedra para edificar el monumento libertador.

«Pero, mientras tanto, ¿se quiere encontrar una nueva definición del arte, que corresponda a la naturaleza de los nuevos hechos; eso es, a la intervención de elementos «verdaderamente proletarios» en los combates de la clase obrera por los medios culturales que se figuran algunos—contra toda verosimilitud, contra toda realidad histórica—haber sido el monopolio exclusivo de la burguesía?», preguntábase Maurice Parijanine.

Desde el punto de vista estético, la grotesca estatua de cualquier militar prusiano, y la horrible efigie de Lenin, son igualmente feas. Y si los propagandistas no comparten este criterio, es precisamente porque especulan, por diversos motivos, sobre la falta de cultura en las masas proletarias o burguesas.

Hace poco, se veía en Turquía, sobre las plazas, en los restaurantes y en los hoteles, la cara de Kemal Pachá, que tomé en un principio por la de un restaurador. Eso constituiría arte propagandista, y, si se quiere, arte de clase. Pero la verdadera cultura humana destruirá estas ridículas imágenes.

Bajo pretexto de «virtud proletaria», no debemos proclamar enfáticamente el arte como instrumento al servicio de una casta o de un partido, juzgarlo como un medio de publicidad en defensa de las especulaciones demasiado frecuentes—cuando no a la deificación, siempre repugnante—de los actuales dictadores.

Hoy, muchos saben obrar en este dominio, y hemos visto manifestaciones de publicidad dignas de los más grandes éxitos de agencia—en esa ocasión, la agencia era el Estado—; pero como el hombre

era totalitario, no había concurrencia. La publicidad surtía un resultado máximo.

En el curso de una encuesta hecha sobre «la Juventud literaria ante la política», decía Jean Cassou, contestando a la pregunta: «¿Es usted partidario del arte por el arte?»

—¡De ningún modo! La Teoría de los Parnasianos es, según entiendo, absurda, falsa, estrecha. El arte por el arte, es una fórmula que no sirve sino para fastidiar a los burgueses. Ya pasó la manía, y hoy nos reímos de ello. Pienso sencillamente que el arte tiene—o debe tener—un alcance moral, espiritual, universal. No conviene limitarlo ni por sí mismo, ni por su aplicación a la política.

Decir que el arte es un arma de propaganda, es rebajar el arte a una doctrina, es darle una interpretación dogmática que no puede, bajo ningún concepto, elevarlo. En fin, hay que percatarse de que «el arte es esencialmente una técnica de representación y de interpretación. La interpretación puede ser revolucionaria».

Con buena intención, sin duda—que no falta nunca en casos semejantes—, los mensajeros del arte revolucionario denuncian la venalidad del arte burgués y su servilidad. Pero olvidan que ellos mismos no pueden dejar de extasiarse y admirar las obras maestras de la Pintura, de la Escultura y de la Arquitectura, a pesar de sus interpretaciones burguesas. El hecho es demasiado humano para que insistamos, y hemos visto obras maestras del arte burgués—y aun aristocrático—que no tenían nada servil ni venal.

Además, ¿qué nos importan las consideraciones de clase y de jerarquías? No pocos artistas se pusieron en violenta oposición con los medios de que salieron, y luego la fama borró el recuerdo de muchos pecados y la familia acogió los hijos pródigos que volvían y hasta se llegó a sacrificar, en su honor, la «mejor cabeza del rebaño».

«El arte y la revolución» habríamos podido titular el tema, alrededor del cual estamos tejiendo este relato. Al querer tratar «el arte y el pueblo», se ensancha el debate, sabiendo cuánto se entremezclan íntimamente tales problemas y conociendo que no se podía tratarlo sin examinar las relaciones del arte y del pueblo en las revoluciones.

Tolstói escribió un día: «La ciencia y el arte son tan necesarios como el pan y el agua».

Tenía razón, y los tiempos por que atravesamos enseñan a dónde hemos llegado y también las esperanzas que nos son permitidas. Que no abusen algunos de la palabra, con demasiada frecuencia exhumada para responder a las necesidades de cierta causa: **vandalismo**.

¿Es vandalismo el respeto «religioso» de las multitudes y de las masas ante las obras artísticas? ¿Es vandalismo este afán que surge del seno de las muchedumbres para salvaguardar el arte? ¿Demuestra vandalismo Rusia cuando exaltaba a los sabios y artistas? ¿Es vandalismo la creación de las escuelas de enseñanza superior, y la fundación de un conservatorio de música, por el ardor revolucionario de la Convención?

¿Dónde está el vandalismo español, cuando Antonio Machado escribe:

«El pueblo defiende al porvenir y AL PASADO. Los museos son el recinto de la historia del espíritu, del pasado espiritual. Los fascistas los bombardean y los incendian. El pueblo monta la guardia en el Museo del Prado, en la Biblioteca Nacional



en el palacio del duque de Alba. Todo el mundo ha de desear la victoria del pueblo, ya que representa el porvenir, al mismo tiempo que la continuación histórica del pasado.»

Numerosos son los testimonios que confirman cuánto fueron protegidos los tesoros artísticos de España y de Cataluña por aquellos a quienes se llama «vándalos». Los revolucionarios y los milicianos no son mercenarios.

Y esto es lo que demuestra la relación entre el pueblo y el arte, y esas relaciones han de aumentarse a medida que se desarrolle el impulso revolucionario de los pueblos hacia las aspiraciones de libertad y justicia social.

«Volver a acercarse el arte al pueblo, separados desde siglos—escribe Jean Marguerite—, he aquí el camino.» El beneficio ha de ser inmenso para el una y para el otro.

Devueltas a las masas las obras que de ellas nacieron, recobrarán una vida nueva. En efecto, se parecen a aquellos muertos que nos cita Maeterlinck: «que vuelven a la vida a medida que los vivos les dan su pensamiento y su amor». Y luego—aparte un reducido núcleo de «dilettantis»—, la clase afortunada (que antaño hacía vivir al arte) abandona o ignora el patrimonio de las grandes obras. No se levanta sino a la altura de las que bajan a su mediocridad de corazón, a su debilidad de espíritu. ¡Las obras maestras ya no tienen admiradores!

¡Que traten, pues, los que conocen la pena, la esperanza y el precio de la vida, que traten de apoderarse del «pan de la vida»! Pan inagotable, re-

novado a medida que se le reparte, como el de la Escritura, puede nutrir al Mundo. Es la comunión universal que desprenderá de las obras maestras del pasado—tan presente cuando lo queremos—su plenitud de belleza y emoción. Es también ella que puede ensanchar la inspiración de las obras nuevas, hacer volver la inspiración colectiva—el renacimiento actual de las corales, en un signo del arte de nuestro tiempo—de los pequeños torbellinos de la orilla (algunos son embelesadores) y conducirlos en medio del río, donde las aguas profundas mezclan las fuerzas tradicionales y las energías nuevas y no llevan sino las obras maestras en alta mar.

Por esto no debemos dejar, ni un momento, de llevar nuestros esfuerzos hacia aquella comunión íntima y fraternal, reunir todavía mejor por una comprensión, más noble aún, el arte y el pueblo. Ya que, como lo escribía Lenin: «El arte pertenece al pueblo», es preciso que eche raíces en lo más profundo de las masas obreras, es menester que el arte les una y enaltezca sus sentimientos, sus pensamientos y su voluntad.

No podemos concluir mejor que recordando el pensamiento invocado en «Los maestros cantores de Nuremberg»: acto primero, escena tercera, cuando dice Ricardo Wágner por boca de uno de sus héroes:

«Arte y pueblo florecen juntos,  
eso digo yo, Hans Sachs...»

HEM DAY.

Cuando examinamos los Estados del mundo moderno, encontramos que siempre ofrecen un gran número de hombres obedeciendo, dentro de un territorio definido, a un pequeño número de otros hombres. Hallamos también que las leyes hechas por este pequeño número, ya sean omnipotentes como en la Gran Bretaña (el rey en el Parlamento), o limitadas, como en los Estados Unidos, tanto por el asunto sobre el que pueden decretar obediencias, como por los métodos por los que esto se consigue, poseen, sin embargo, la condición de que en caso de ser vulneradas, ese pequeño número de hombres puede emplear toda la coacción necesaria para vindicar su autoridad. Cada Estado, en una palabra, es una sociedad territorial dividida en Gobierno y súbditos, siendo el Gobierno un conjunto de personas dentro del Estado, que aplica los imperativos legales en los que se basa el Estado; y al contrario de cualquier otra comunidad de personas, dentro de la sociedad territorial, está capacitado para emplear la coacción con el fin de que sean obedecidos esos imperativos.

En todo Estado hay, por decirlo así, una voluntad que domina legalmente sobre todas las demás voluntades. Es la que toma las disposiciones finales de la sociedad. Es, en frase técnica, una voluntad soberana. No recibe órdenes de ninguna otra voluntad, ni puede, finalmente, enajenar su autoridad. Tal voluntad, por ejemplo, es la del rey de Inglaterra con el Parlamento. Dentro de los confines de su territorio, todo lo que decida obliga a los residentes en dicho territorio. Pueden éstos considerar esas decisiones como inmorales o im-

prudentes; no obstante, están legalmente obligados a obedecerlas. Un súbdito británico, a quien no agrade alguna decisión de su Iglesia, puede abandonarla; ésta es incapaz de obligarle al cumplimiento de su decisión. Pero un súbdito británico a quien no agrade la ley relativa al impuesto sobre la renta, está, sin embargo, obligado a obedecerla. Si intenta burlarla en una u otra forma, sufrirá las consecuencias serias de ello.

Resulta, pues, que el Estado es una sociedad de individuos sometidos por la fuerza, si fuese necesario, a un determinado género de vida. Las reglas que establecen su carácter son las leyes del Estado, y por una lógica evidente gozan necesariamente de primacía y son soberanas sobre todas las demás reglas. En esta sociedad, los individuos que hacen y obligan a cumplir las leyes constituyen el Gobierno, y aquel conjunto de disposiciones que regulan, primero, cómo han de hacerse las leyes; segundo, de qué modo han de modificarse, y tercero, quién las ha de establecer, se denomina Constitución del Estado.

De lo que se infiere que el Estado es la coacción organizada. Teóricamente, en beneficio de todos. En la práctica, sólo en beneficio de unos cuantos. Sea cual fuere la forma de gobierno. El gobierno de las mayorías, por ejemplo, gobierna, como todos, para una minoría privilegiada, que es la que usufructúa los beneficios de la coacción organizada que el Estado es. Todo lo demás que el Estado significa es secundario.

Harold J. LASKI.



# ENCUESTA



# AMÉRICA-EUROPA



(FIN DE LA ENCUESTA)

## VII



N 1865, Eduardo Laboulaye, periodista francés, en el prefacio de la «HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS», por J. F. Astié, entre otras cosas escribía: «Sin ser profeta es fácil prever que, en el siglo venturado (el nuestro) América del Norte está destinada a recitar una parte importante, y que, de ahora en adelante, Europa no tendrá más el monopolio ni del poder

ni de la civilización.»

La profecía del no profeta Laboulaye, desdichadamente, se ha realizado.

La recitación de la América se inició, por primera vez, aproximadamente doscientos años después de su entrada en la «Feria de los pueblos» y, abiertamente, en el ensangrentado teatro de la guerra de España, en 1936.

En la segunda guerra mundial, la recitación se ha hecho permanente en todos los frentes, después del asunto de Pearl Harbor. Una vez más, lamentablemente, las predicciones de Laboulaye se han verificado y por otros cien años, según el cristianismo bíblico-protestante, serán soportadas.

La posición de América del Norte (que complicará inevitablemente también la independiente del Sur) frente a Europa es clara: América con las insólitas y viejas hipocresías, quiere a todo costo imponer su dominación, iniciada con el slogan de las «Cuatro libertades que han matado millones de seres humanos y esconden la colonización económica y el esclavismo civil, innatos en el alcoholismo moral heredado de los peregrinos del 1620.

Una «colonización técnica de Europa», con bases económicas respaldadas por los militares. Mejor, podría definirse, una simple conquista material de territorios. En efecto, esta nación que ha tenido siempre por emblema la «Libertad», simbolizada en Nueva York con mastodóntica estatua, nada concede a los pueblos que ha «liberado» no siendo sino acero e hierro bajo formas de armas que tendrán que servir para la afirmación de la nueva forma de civilización técnica. Una fría civilización sin espiritualidad, filosofía, cultura universalizada y sin sentimiento.

A Europa no ha llevado nada nuevo, no siendo nuevos métodos de destrucción y de aniquilamiento psíquico. Nada le ha enseñado que no supiera y que ella no haya tenido: el viejo, atávico mal social. A este mal, demasiado y duramente conocido por Europa, ha agregado sólo el fruto de sus riquezas naturales, que sin embargo retiene para sí.

América del Norte no podrá nunca llevar a Europa algún bien tangible sea social, espiritual o material, y mucho menos ésta en primer lugar, porque las dos compensan en el idéntico error de vida social.

Donde existe la desigualdad social no puede nunca reinar la paz y el bienestar. Donde se inocula el sentimiento de patria, defendido por el militarismo y circunscripto en el perímetro de una más o menos grande extensión de tierra, no puede, nunca, existir la felicidad de los pueblos en la serena igualdad, aún si ésta última es para muchos un mito, como para Nordau, una meta inalcanzable, considerada frente a la ley y a la sociedad.

La igualdad, en efecto, no existe en los principios americanos, como no ha existido durante el florido período del «aislacionismo». Ella ha sido siempre abatida por los intereses capitalistas, la aristocracia industrial, los que representan el investimento de la «civilización americana», hoy en acción, en casi todos los países de Europa.

Es un suplantarse de capitalismo de igual fuerza civil y de idéntico fundamento económico, moral y político.

América recalca las huellas antiguas en toda forma de vida interior y exterior que han arruinado a Europa. Está precipitándose también hoy, en el bátrito del «imperialismo nazi-fascista» que se identifica con el soviético.

La posición de América no durará como no durará tampoco la avanzada, en el sentido social, de Rusia.

¿Chocarán América y Rusia? Si el choque teniendo debiera producirse, será el fin de Europa, América y Rusia. Sólo los hombres libres que quieren vivir en tierra libre (Libertad: «abolición de las leyes creadas por el arbitrio y la credulidad de hombres de escasa inteligencia, las cuales contrarian o estorban el desarrollo fecundo de las fuerzas naturales del individuo y de los grupos sociales.—Max Nordau», «Las mentiras convencionales de la civilización») sobrevivirán, satisfechos de haber tenido razón y fe en sus ideales libertarios de ningún modo utópicos.

América es desde ahora una joven vieja Europa, cuando sus formas de vida técnica regalan, a chorro continuo, las más modernas comodidades del hombre. Ahora la «maravilla de las naciones» sólo es una mentira descubierta y las fechas gloriosas de 1775-1785 y de 1787-1789 no señalan, en la historia, otra cosa que la senda subterránea, con la cual se va hacia el «imperialismo económico-religioso», hacia la más absurda de las mentiras y hacia el famoso milenio de paz o de juicio (Mateo, Cap. 25, vv. 31, 34, 41) del cristianismo.

El «siglo americano» llevará a esto y luego, después de la caída de la engañosa verdad bolchevique, a la «Libertad» sobre la tierra donde los hombres se llamarán compañeros en el bienestar, en la justicia, lejos de las miras civiles del antropomorfismo.

Umberto LUIGI RONCO.

Italia.



## VIII

1.º—Ante todo, la división de Europa-América cada día tiene menor significado: El espíritu del hombre es uno; la humanidad es una. Económicamente el mundo es uno; políticamente, es uno; sentimental, racional y científicamente, es uno. Culturalmente el mundo es uno. La técnica con sus maravillosas conquistas (que tanto nos impresionan) no hizo más que seguir al espíritu y el sentido honrado de lo humano. Los Estados, las dictaduras, los nacionalismos, el capitalismo, los guerreros y las masas todavía no lo comprendieron así y luchan por dividirlo aún más. Debemos trabajar para que vean esta gran unidad, los hombres de América y de Europa.

Es un asunto de responsabilidad. Responsabilidad de los intelectuales, de los trabajadores. Responsabilidad del hombre de América y de Euroasia.

Naturalmente que esto implica un reimplantamiento de los grandes problemas sociales y una nueva aquilatación de los valores tradicionales.

2.º—¿Cómo puede haber una civilización específica o una cultura específica para el Norte o para el Sur del continente americano, cuando las culturas tardan tantos siglos en decantarse? Sin embargo numerosos escritores: Keiserling, Siegfried, Frank, etcétera, así lo han testimoniado, dándoles a los del Norte, entre otros atributos, la técnica y a los del Sur los sentimientos; pero no se olvide que los mejores aún a través de estos distingos sutiles se dirigen hacia la unidad. Ese espíritu de unidad que ya existe en el siglo XVIII y que avanza en el XIX para concretarse más claramente en el XX; es la línea general verdadera y definitiva.

Si es que algún país, nación o continente tiene misión, a los pueblos de América corresponde formar una sola entidad cultural, económica, política y social. Ese es un trabajo de consciencia que puede durar una generación. Las naciones de América del Sur y Centro son de lo más ridículas desde un punto de vista cultural con sus nacionalismos agresivos, anticientíficos y divisorios que hoy no están justificados por nada y que son factores de desunión y lucha. Necesitamos formar una sola unidad y esta es muy fácil en Centro y Sur América (incluyendo México), ya que los pueblos tienen una misma historia, una economía complementaria, un arte universal y se veneran a los mismos grandes hombres y tiene los mismo problemas comunes que resolver; para dar a los pueblos un alto standard de vida y una elevada introducción a la cultura moderna.

En tal unidad entrará la otra unidad nortea (pues por algún nombre ha de denominarse) formada por el Canadá y Estados Unidos. Esta unidad de América ya puede asentarse en la solidaridad y necesidades de los pueblos y en fines positivos y de reconstrucción del mundo. Porque tales unidades, y la final unidad, se hace para una gran reconstrucción mundial, en que entren negros y amarillos; en que se organice un gran Consejo Económico, en la cual se apliquen en todas las regiones los últimos inventos, se exploten ampliamente las riquezas naturales; en la cual se instruya altamente, con una educación racional, a los hombres hasta los 50 años y se practique la libertad.

No se puede saber cuál es el papel que desempeñan un grupo de pueblos y naciones en un movimiento vivo cultural. Unos contribuirán con esto,

otros con aquello; tales aspectos irán por cuenta de los historiadores futuros. Lo importante en este momento es la colaboración organizada. Lo serio es que se establezcan las bases de una gran civilización con lo de Oriente y Occidente. Lo importante es que no haya guerras que destruyan los materiales, los valores y las posibilidades culturales. Que tengamos una larguísima paz como lo quería Dante, Kant, Jaurès, Rolland, Nicolai y mil más ilustres ejemplares de la especie humana.

América entrará en la síntesis de una gran cultura humana jamás vista, pues ella estará formada por la labor secular de todos los pueblos y lo principal, cuanto se vaya creando y desarrollando universalmente.

La técnica va siendo asimilada y enriquecida por todos los pueblos: la literatura, la música, en una palabra, el arte, también; la ciencia lo mismo. El espíritu del hombre comprende todo y probablemente en el futuro nada le será más extraño que un pasado sin odios, batallas, luchas destructivas y estériles.

La colaboración sería de América en la síntesis de la universal cultura, está intimamente unida a los valores de la libertad y al desarrollo integral de la personalidad humana, de cada uno de los millones de individuos que pueblan sus tierras; mientras éstos sean esclavos no podrá verificarse la unión, la unidad universal que anhelamos.

3.º—Estamos convencidos que la unión mundial no la harán los gobiernos. El Estado moderno tiende a dividir los pueblos y parcelar el mundo, no sólo porque todos los Estados son soberanos sino por cuanto es el que hace, prepara y desencadena la guerra.

La unión por encima del Atlántico ha de ser espiritual y de Libertad, por consiguiente implica una revisión de las instituciones sociales que padecemos. No olvidemos que la mayoría de nuestras instituciones son de origen sentimental o instintivo. Necesitamos transformar algunas en instituciones racionales o científicas, poniendo la sociedad al servicio del individuo, de cada individuo y de todos. Y mientras no se haga esto, ni los hombres del antiguo ni del nuevo continente se unirán. Todos están de acuerdo en que debe realizarse la unión pero las formas irracionales de las instituciones lo impiden.

4.º—En este momento Europa no está sola, como nadie está solo en el mundo. El hecho más importante que puede deducirse de las deplorables últimas guerras, es que se han unido para pelear rusos con americanos, franceses con italianos, japoneses con ingleses y americanos. Si no tuvieron inconvenientes en unirse para la guerra no se ve ninguna razón por la cual no se puedan unir para la paz o para una organización política o económica del mundo.

En estos años de locura, destrucción y de miseria, parece que Europa va a hundirse, pero no hay que ser pesimista; si deviene una era de paz, los pueblos de Euroasia se levantarán como siempre. La energía espiritual y material del mundo es una que nos sirve para todos los pueblos, y a pesar de los Estados, de las dictaduras y de los imperialismos, realiza una unidad positiva y creadora. Por eso tenemos fe en la gran civilización euroasiática u occidental y oriental.

Los valores éticos y espirituales del mundo son imperecederos y no nos podemos dejar sugerir



mucho por los florecimientos materiales. El enorme rendimiento del aparato productor capitalista ha servido más para la guerra y las dictaduras que para levantar el standard económico y ayudar a la libertad del espíritu humano.

Tenemos una gran fe en que los hombres del mundo superen la hora de las dictaduras, como han superado en su historia el momento del capitalismo imperial. Creemos que la dirección de la reconstrucción societaria ha de hacerse en el sentido profundo de la libertad y del respeto ineludible de la personalidad humana.

Dr. Juan LAZARTE.

Argentina.

## IX

El humanista Eugen Relgis, de paso por este limbo, nos ha lanzado esta encuesta, como un cable: a ver por ahí subimos a mirar de frente un mundo que infernal y todo, es nuestro; nuestro y único. Las respuestas pueden ser de acuerdo a las preferencias de cada uno: social, política, estética, económica, etc. Yo que puesto a preferir, prefiero siempre al «porqué», de cualquier laya, que la vida me plantee, el «para qué» de la mía, así vengo a contestarle: ¿para qué han de estar los hombres sobre esta tierra, que es cuna y campo de acción de todos?...

1) Para borrar las fronteras. No hay problema de posición, ni otras yerbas, entre América y Europa, que no sea el artificial, deducido y excitado, también artificialmente, por los que de ello aprovechan: los gobernantes. Y aun de haberlo, sería una sucia adherencia de una barbarie, que es deber del humanismo combatir hasta limpiar.

2) «Las misiones específicas» creo que, en este caso, son las que expresa el pensamiento, florecido o madurado, como en las más altas varas, en determinados hombres de cada país. Pero, específicamente, él nunca fué, ni será, continental, ni nacional, ni racial. Se puede dar, y se da, en cualquier parte del mundo: como en Galilea en Jesús, o en Francia en Reclús o, bajándolo a la técnica, en Norte América en Edison. Es una eclosión feliz de lo que, en todos los pueblos, es instinto y sentimiento: hervor de savia y de fuerza. Todo está en todos. Mas, hasta ahora, y sobre todos, continúan estando quienes se apropian todo: aquéllos que venderían, o ya venden, el aire mismo en balones. Esterilizado y todo.

3) En cuanto la historia enseña, el hombre no ha hecho otra cosa que tender puentes. Así fué de la India a Egipto, y de Egipto a la Fenicia, y de la Fenicia a Grecia y, luego, de Grecia a Italia y, después, de Italia al orbe. ¡Puentes y puentes! ¿Y qué?... En la cabecera de cada puente, pregunto: ¿y qué?... ¡Bestias y bestias! Como esos que en Buenos Aires le detuvieron a usted, le ficharon y le hicieron triste, hasta el asco, su estada... Entonces: nada de puentes, que implican también aduanas. Todo de contrabando, y a nado. Así, y solamente así, llegó el pensamiento libre a las más remotas playas.

4) «La nueva Europa» será, como nosotros, igual, la nueva América, por lo que pueda, y podamos romper con toda forma de Estado: de la derecha y

la izquierda, bolchevique o democrático. Eso es lo viejo. Y nosotros, cultos o incultos, los que hemos de voltear eso, para tendernos, abiertos, hacia una fraternidad sin fronteras.

Rodolfo GONZALEZ PACHECO.

## X

1.—La posición económica de estas cinelandias es golosa. Se basa en moneda de tan flúido curso como la que sigue: pueblos, infinidad de los cuales no son más que pobladas; legiones de indios desnudos, descalzos, alimentados con maíz como las gallinas, que rinden exhaustivadoras jornadas por 2 o 3 pesos desvaluados; analfabetismo integral *circum circa*; una hamaca bajo el sol de mil kilómetros en cuadro, para cada lagartija en cura de reposo y con la quilla a la botola; feminaje al remo, cuando no a la que salta.

La posición geográfica de nuestras Vespucias, antes del avión, del radar, de los cohetes voladores, de la desintegración atómica y otros Jesucristos, fué también gaudiosa. Ahora, la lejanía poco menos que astral de los focos de agresión ¡zurrapa!

América es hoy presa tan segura del vandalismo barbarocrático europeo, como en el siglo XVI lo fuera de los saltacharcos de Cortés. No le doy más de 20 años de vida al Hemisferio occidental, tal como hoy navega entre volcanes, ciclones y terremotos, sin contar los dos vasos de agua que a derecha e izquierda lo mecen.

2.—Primeramente se me había de hacer bueno que esa cultura no es un mito. O algo peor: la tapadera de los olores ofensivos para la trompa de un elefante. Me avergüenza de ser civilizado y pido una percha entre los silvícolas, que no tengan tratos con misioneros. Y evacuado este necesario preliminar, pasemos a contestar la pregunta.

¿Rol de América en los canódromos de la intelectualidad de nuestros días? Udéis. *Non ullus*. Bajo cero. América carece de filosofía, politicancancia y artes autóctonas. Vive en esos áticos de limosna o de la rapiña. Hasta más de la mitad de sus reservas oro han sido aventadas hacia aquí por las guerras de la otra media patata terráquea. Aquí no hemos creado una pintura, ni una escultura, ni un modo de novelar, ni una lírica, ni unos coros —el tango y la rumba nos afrentan—; ni un teatro—nuestro cine suda banalidad—; ni una arquitectura—no llamarán eso ustedes al rascacielos y al jacal—; ni siquiera un idioma. No hemos llegado tan sólo a aprender el castellano y el inglés. El castellano de esta orilla del agua lo reputo carnavalesco. ¡Salve, Cantinflas! Macte, Ford, Morgan, Rockefeller. El otro héroe—Charlot—nació en Angolajudea. América es millardaria de dólares, pero mendiga de cerebración. Mejor que sus Fúcares y sus Primeras Damas visten los camareros y las camareras de París.

3.—En Europa no hay otra corriente social de tendencia universalista, que la de la vanguardia insurgentista española: en el exilio o en la mata actualmente. El catolicismo es la más vasta codeña de abarrotos ambomundana. El literaturismo, la misma perrada con placa distinta. Las Repúblicas y democracias que padecemos, huelen apistosamente a jacobinismo frailuno, a presidiable presiden-



cialismo, a sebo plutocrático, a urea policiaca. El laborismo britón y bribón es navalista. El socialismo francés, napoleónico y harpagónico. El bolchevismo ruso, mongol, furario e ivánterriblesco. Queda sólo en pie y como única esperanza de humana antijesucristica salvación la indómita rebeldía de nuestro **maquis** montonero y de nuestra emigración apolítica. Puentes entre las Iberias novia y abuela, ya los hay; pero, no sirven hoy más que para que Franco y su mesnada clérigo-milico-feudal sifilicen a estos países, y para que los gachupines vayan a enseñar a Pereda sus peludas cebollas, tapadas de anillos de pesebre y brillantes como adoquines, albarda sobre albarda. El indio de la paloma ha de entablar diálogo con el del toro. Y ambos juntos, acabar con la encomienda—la del **Páter Nôster** inclusa—, con los esclavistas de todo pelaje, con los caciques, con los indianos, con los líderes ascendidos a Cresos y no en una cuerda, **and so on**.

4.—Ante todo, desbrocemos el camín real. La Europa nueva es tan carroñosa como la viejales. Ma-

nantiales de leche y miel, como no soy **boss** ni Vos, no he visto en estos Canaanes ninguno; me mojan, por el contrario, todos los días los ríos de sudor no pagado y de lágrimas a las que nadie hace de Verónica. La actual América del entresuelo vale pocos cuartos más que la del primero y segundo piso. Y, en fin, y a donde duele. Europa, Asia y hasta Africa y Oceanía encontrarán su escala de Jacob nada más que con que América no se lo estorbe. Las plumas del peso y el dólar ¡a sus selvas! Agria el bolo y descompone el quilo y el quimo lo que se hace sosteniendo a Franco en España, amenazando a Grecia con el turco, azuzando a los árabes contra Palestina, toreando en China al alimón con los bolcheviques, financiando los respectivos colonialismos en Indonesia, Tailandia y el Bramán. Para ese zorripuerco pringue globoterráqueo que envisca el mapa, no hemos inventado aún nombre los filólogos.

Angel SAMBLANCAT.



Así como las cosas con las cuales estamos y hemos estado siempre íntimamente unidos—aquellas que por la fuerza de la costumbre no constituyen sino uno con nosotros—, son precisamente las de que más trabajo nos cuesta darnos cuenta, del mismo modo la esencia del Estado ha permanecido, hasta el presente, una cosa bastante oscura para la ciencia. Ciertamente, las «definiciones» del Estado no faltan; hay, de esas definiciones, en montón, casi tantas como profesores de derecho político, pero es vano generalmente buscar definiciones exactas en los tratados y en los sistemas de ciencia política.

La escolástica moderna ha devanado la definición del Estado hasta el punto de hacer de ella toda una doctrina especial. Von Rottenburg ha publicado en Berlín el «primer volumen» de una obra «sobre la noción del Estado». Hay también ya una historia de esta doctrina y una «metódica» de esta misma doctrina: ¡una ciencia del método que le conviene! ¡No falta más que una «definición» de esta doctrina de la definición del Estado! Ni que decir tiene que, con todo eso, en lugar de avanzar, nos atascamos. Unos se contentan con una frase general: dicen, por ejemplo, que el Estado es «la personalidad del pueblo organizada» (Bluntschli), o que es «la forma más elevada de la personalidad», o «el organismo de la libertad»; otros salen del paso con una imagen, una comparación o una analogía diciendo, por ejemplo, que el Estado es un «ser viviente», un «organismo», etc. Knies hace observar, con razón, a propósito de este organismo, que «es siempre una cosa fastidiosa y una prueba de oscuridad en los pensamientos hablar por imágenes y comparaciones cuando se trata de nociones científicas». Se realiza un gran progreso cuando Schulze, en un párrafo sobre «la manera de proceder para definir el Estado», afirma: «Se trata de separar, en la abundancia de los fenómenos históricos, lo que es esencial de lo que no lo es.» He aquí la definición

a la cual Schulze llega después de haber investigado metódicamente los caracteres del Estado en la historia: «El Estado es la reunión de un pueblo sedentario en una colectividad orgánica, bajo un poder superior y bajo una constitución determinada, para alcanzar todos los fines comunes de la vida nacional, particularmente para establecer el orden jurídico.»

Esta definición sería mucho mejor si se eliminaran de ella ciertas superficialidades, por ejemplo, las palabras «en una colectividad orgánica», porque la noción un poco nebulosa que encierran está ya implicada en las palabras precedentes: «de un pueblo sedentario». Decir «pueblo» y añadir «sedentario», trae consigo «colectividad orgánica». Por otra parte, el pueblo sedentario no puede existir sin que el Estado exista: un «pueblo sedentario» no tiene ya que «reunirse» en un Estado. Del mismo modo, era superfluo mencionar la «constitución» porque, si se entiende por tal una constitución escrita, éste no es un carácter necesario para un Estado; si se piensa en una constitución no escrita, ésta está ya contenida en la noción de «pueblo sedentario».

Si los profesores de derecho político no admitieran realmente en la definición del Estado sino los caracteres esenciales que se encuentran siempre y por todas partes en todos los Estados, estarían muy pronto de acuerdo sobre este punto, porque no hay sino dos caracteres de este género: todo Estado es un conjunto de instituciones que tienen por fin la dominación de cierto número de hombres sobre otros hombres, y esta dominación es siempre ejercida por una **minoría** sobre una **mayoría**. El Estado es, pues, una organización de la supremacía de una minoría sobre una mayoría. He ahí la única definición exacta del Estado, la única que conviene a todos los Estados en general y a cada Estado en particular.

Luis GUMLOWICZ.



# SIMONE WEIL y la técnica



**D**ESCONCERTANTE, como el de Pascal, es el «caso» de Simone Weil, esa muchacha de esclarecida inteligencia, con avidez de saber y de enseñar, que, tras de llegar a plasmar en artículos y en libros las más atrevidas concepciones a que puede llegar la mente inquieta, experimenta acentuada crisis de misticismo; y abraza la creencia; abre el sentimiento a lo que un día su razón debió aconsejarle rechazar. Muy joven, la tuberculosis habiendo minado su organismo, dejó de existir. Herencia intelectual que prestigia su recuerdo son sus libros, sus esbozos, todo cuanto se ha ido recogiendo por quienes la conocieron y por ella sintieron singular afecto.

Una de las últimas obras de Simone Weil fué «La Condition Ouvrière». Ella que tenía título de profesora, que poseía relevantes dotes intelectuales, quiso conocer, quiso alcanzar la experiencia de lo que es el trabajo manual. Trabajó en diversas especialidades de peonaje femenino en la industria metalúrgica. Sus impresiones, a lo largo de su cotidiana ocupación las fué registrando en un «Diario» con el que llenó las páginas de la obra citada, que es, en suma, una formidable requisitoria contra el poder embrutecedor que ejerce la técnica, en el orden burgués, contra el ser humano.

Con precisión de detalles se estudian en «La Condition Ouvrière» los efectos psicológicos que ejerce el trabajo en serie, el trabajo cronometrado, en la mente de aquel que lo realiza. Actividad embrutecedora que hace del ser humano un autómatas, un «robot». Es el proceso de una civilización fundamentada en la técnica, fría, brutal, desprovista de todo calor humano, ajena al sentimiento de belleza que puede dar encanto, que puede hacer que el trabajo resulte agradable, que tenga una directriz racional y se haga con predisposición optimista.

## EN TORNO AL «HOMBRE SUBLEVADO»

Sabido es que toda obra hecha a conciencia, meditada, con hondo raigambre en el mundo de las ideas, ofrece coyuntura a la meditación y tiene la virtud de ser sugerente, de abrir perspectivas a la mente con predisposición a avizorar el más allá de los conceptos establecidos y de las normas tenidas como inflexibles. Es el caso del último libro de Camus, del que se habló ya en el pasado número de esta revista. Los comentarios han sido, por supuesto, de varia naturaleza: los ha habido que han pretendido dar a las conclusiones apreciativas una cierta objetividad; otros han querido hallar motivos en el libro para enrolar a su autor en un credo determinado; hemos leído comentarios de gentes

empeñadas en buscar una capciosa interpretación; y se ha notado también la ausencia apreciativa de criterios de partido zarandeados y repudiados por Camus. Aunque todo, evidentemente, puede ser justificado, les hubiera sido un tanto difícil ensamblar una argumentación sólida para oponerla de un modo convincente. Me refiero a los marxistas, cuyas concepciones desmenuza Camus, partiendo de un análisis circunscrito, en primer lugar, al simple buen sentido.

Uno de los escritores que han buscado hilvanar conclusiones en torno a «L'Homme révolté» ha sido R. M. Alberes, quien, reaccionando contra ese «sentido trágico de la vida» a que aludía ya Unamuno, propensión tan acentuada entre buena parte de los más representativos escritores actuales, destaca el impulso creador y francamente optimista predominante entre los más esclarecidos pensadores del siglo XVIII. La Historia, al ir eslabonando toda una serie de hechos determinados, fija en la conciencia un cierto estado de ánimo; pero no es menos cierto que, al hacer de ello a manera de una obsesión, se tiende a crear una psicosis generalizada en extremo.

A este respecto escribe Alberes: «En el fondo de la sensibilidad de un Camus, para quien el mundo no está hecho para el hombre; en el fondo de la aspereza de un Anouilh, para quien la vida es irremediablemente sucia; en el fondo del pensamiento de un Sartre, para el cual el hombre se define como un ser aislado, exilado e «intruso», existe un postulado fundamental según el cual se hallan contruidas todas las criaturas y todas sus aventuras: el hombre desea una mayor pureza y bienestar del que el mundo puede ofrecer. A la voluntad humana se oponen una negación, y por parte de lo que le rodea, una imposibilidad de realizar proyectos y deseos que terminará por tomar la forma de una celosa Fatalidad». Y como corolario de objeciones al respecto agrega: «Pero no es menos cierto que la lectura de un buen número de textos del pasado, de textos «clásicos» si se quiere, nos muestran que han habido hombres que no concebían que la existencia humana fuese total y exclusivamente «trágica», que las relaciones entre el hombre y el mundo fuesen absurdas, que el hombre fuese incapaz de gobernar su vida y de comprender el Universo. Yo no creo que Diderot, por ejemplo, fuese tan pesimista. Creía él que la estupidez existe y que ella pueda cegar la razón pero él no creía que el hombre esté situado en un universo inconmensurable y hostil».

Es evidente que nuestro siglo XX ofrece unas características que no eran idénticas en el siglo XVIII, pero, ayer como hoy, el ambiente ejerce una indudable influencia sobre la naturaleza humana. Es la propia Historia que nos lo demuestra. Es ella la que nos da aliento para bregar, siempre



en pos de una más acentuada mejoración para el individuo y para la especie.

### NUESTROS CLASICOS

La frase va rodando hasta el extremo de, como acontece con todo lugar común cuya repetición se prodiga, se llega a desmerecer su sentido; «Renovarse o morir» se dice. En efecto, la vida ofrece cambiantes, matices que varían constantemente. Tan solo los que son incapaces de evolucionar en sentido progresivo se aferran con tozudez a las mismas ideas en torno a las cosas. Todo cambia, todo en la vida pasa; ya es sabido que, a tono con el momento, precisa observar la realidad circundante. Pero al igual que en el dominio de las leyes físicas efectos y causas se suceden al través del tiempo de un modo invariable, tampoco, pese a la relatividad del conocimiento, hay razón que abone el que ideas que son consubstanciales con la naturaleza humana, experimenten variación al paso de los años y de los siglos. El anhelo de libertad, de justicia, de fraterno amor humano, no dejará de existir en tanto el hombre sea hombre. Es lo que, en el orden sociológico tuvieron en cuenta aquellos pensadores de ayer que, ante una realidad social a todas luces injusta, soñaron con una convivencia más en armonía con las vitales necesidades de la especie.

Así como en literatura y en las artes, cuando se habla de los clásicos se hace referencia a quienes, por su estilo, por lo razonado de sus convicciones, por la belleza de sus obras dejadas a las posteridad, resisten al tiempo y representan su obra algo así como un modelo para generaciones sucesivas, en lo que a los anarquistas hace referencia podríamos decir también que existen «nuestros clásicos»: Son aquellos pensadores cuyas concepciones, en su ausencia, no han variado con el transcurrir del tiempo. Variarán los nombres de las cosas, habrá matices susceptibles de aparecer como algo nuevo, pero lo fundamental queda y quedará. Para hoy y para mañana fué escrito lo que Mella dijo al respecto de la «Coacción moral». Valor perdurable alcanza lo expuesto por Reclus al respecto de la interdependencia del individuo y de la naturaleza en su «Geografía» y en «El Hombre y la Tierra». Para todos los tiempos fueron meditadas las concepciones de Kropotkin al respecto de la «ayuda mutua como factor de evolución». Y así podrían ir nombrándose autores, de formación anarquista, cuyas concepciones no han variado en su esencia, por lo cual es recomendable el recordarlas y el darlas a conocer.

Uno de los autores que podríamos llamar clásicos es Anselmo Lorenzo; fué considerable su aportación a las ideas libertarias. En libros, en folletos, en artículos periodísticos, fué exponiendo sus opiniones. El tiempo y las vicisitudes han ido relegando al olvido, agotadas las ediciones, perdidos con las contrariedades sufridas, los libros de Anselmo Lorenzo.

Es de apreciar el buen acierto de «Ediciones Universo» al reeditar «El Pueblo», una de las obras más representativas del autor de «El Proletariado Militante». Hacia años que no habíamos leído el libro en cuestión, agotada y por lo tanto poco conocida la edición. Releyéndola, hemos evocado el placer espiritual que nos produjo su lectura, allá en los años de adolescencia, cuando leíamos con

fruición los escritos de los más representativos escritores libertarios de entonces. Y de nuevo hemos admirado esa profunda convicción, esa bondad que se percibe en los escritos de Anselmo Lorenzo. En cuanto a lo que es el libro, nada mejor que citar unas frases de Kropotkin, del prólogo que puso a la obra citada.

Dicen así:

«Tal es el objeto del libro de Anselmo Lorenzo: hacer conocer a la masa los medios de dar un valor positivo a cada una de las unidades que la componen; demostrar cómo se realiza la evolución individual, contribuyendo a la evolución colectiva, precisamente trabajando en pro de esa evolución, porque el individuo no alcanzará jamás su completo desarrollo sino aplicando sus facultades en interés del gran número; exponer los verdaderos medios de evolución progresiva de las masas.»

«Después de definir el pueblo y sacar la conclusión de que no el pueblo propiamente dicho, sino el individuo, es la entidad soberana, el autor expone las causas y los orígenes de la desigualdad actual; critica el derecho de herencia, analiza las condiciones del trabajo penoso, esclavo e insuficientemente productivo en la sociedad actual, comparándola con las bellezas del trabajo libre. Discute después el concepto mismo del Derecho, y desvanece los errores establecidos sobre el Estado y la Sociedad.»

### LA INCITACION A CONOCER

El profesor José Oiticica es un compañero de vasta cultura que, en el Brasil, ejerce con singular acierto funciones pedagógicas en una cátedra de Literatura. Ello hace que conozca, por la propia experiencia, la forma más apropiada de dar a conocer las ideas; el método más susceptible de despertar las simpatías al ideal anarquista. Dicho compañero, que es también director del periódico libertario «Ação Direta», que se edita en Río de Janeiro, ha publicado recientemente un libro con el sugestivo título de «A doutrina anarquista ao alcance de todos». Magnífica obra de divulgación en idioma portugués.

Oiticica ha tenido en cuenta al escribir el libro citado las características psicológicas de un público no preparado en lo que a temas sociológicos se refiere. De ahí el que haya usado en estilo conciso y fácilmente asequibles al lector los conceptos expuestos. En capítulos breves, en profusión de apartados, se van mostrando lo que son fundamentos del anarquismo. Parte el autor del análisis de lo que es noción de felicidad, de lo que son concepciones vitales al respecto del bien y del mal. Al referirse después a los factores perniciosos, puesto que tienden a acentuar el malestar humano se extiende en consideraciones con referencia a lo que son causas artificiales del desbarajuste social.

Se trata de una obra amena que incita a conocer, que abre perspectivas a la mente, que dá una idea clara y convincente de lo que son las ideas anarquistas. Una obra, en suma, que, para los efectos de la propaganda, sería de interés el conseguir traducirla y editarla en lengua castellana.

FONTAURA



# PANORAMICA INTERNACIONAL

## OJOS Y OIDOS DEL MUNDO



El día 10 de marzo de 1948 se produjo la misteriosa muerte del ministro de Negocios Extranjeros de Checoslovaquia, coincidiendo con la puesta en práctica del Plan Marshall, sobre el cual había manifestado aquél su simpatía. Según la versión oficial, Jan Massaryk «se había arrojado desde la ventana del Ministerio, deprimido por las noticias recibidas de sus amigos ingleses y americanos según las cuales se le denunciaba de colaborador pro-comunista».

En Occidente se tuvo siempre la convicción de que se trataba de un crimen político. Pero se carecía de pruebas definitivas. Pero a principios de este año, un gran diario norteamericano ha podido confirmar la veracidad de aquella sospecha. La prueba ha sido aportada por un médico forense, el Dr. Toply, víctima él mismo del terrorismo comunista. He aquí la verdadera historia de este sangriento suceso:

En aquella madrugada del 10 de marzo, Teply fué requerido por teléfono a presentarse al Ministerio del Exterior. Una vez en el lugar el doctor fué conducido al patio siniestro, encontrándose allí con un cadáver en el que había de reconocer pronto el cuerpo inánime del Dr. Massaryk. Teply examinó el cadáver y pudo descubrir en él señales de manifestada violencia, tales como una herida en la nuca producida por arma de fuego del calibre 7,65. La rotura de ciertos huesos parecía más bien producida por golpes violentos de martillo. Las manos de la víctima presentaban señales inequívocas de haber librado una lucha desesperada.

El cuerpo fué trasladado al propio departamento del Dr. Massaryk, situado en el tercer piso, y que recibía la luz a través de la misteriosa ventana. Vaclav Nosek (Himmler del régimen comunista checo) y Vladimir Clementis (funcionario del Ministerio, arrestado más tarde como inculpaado de ser agente secreto del Occidente), invitaron al doctor Teply a acompañarles hasta la sangrienta pieza. La habitación presentaba un aspecto inusitado de desorden que el propio Nosek trató como pudo de disimular: Un taburete con una pata rota, el lecho de la víctima revuelto y completamente ensangrentado, la mesita de noche tumbada y un jarrón hecho añicos. El mismo Nosek, después de asomarse a la ventana exclamó dirigiéndose al doctor: «¡Suicidio!» Teply quiso disimular discretamente. Pero se le ordenó con energía permanecer en el fondo de la sala.

Veinte minutos después, un hombre vestio de paisano y llevando una toalla en la mano apareció por la puerta. Sostuvo un diálogo en voz baja con

Clementis y Nosek. Antes había cambiado unas agrias palabras con un policía que había pretendido cerrarle el paso. «No seas estúpido, colega—dijo el paisano en ruso—; déjame pasar». El ruso permaneció a solas con el cadáver por espacio de media hora. Tras lo cual el propio Nosek advirtió enérgicamente a todos los presentes: «Ustedes no han visto ni oído nada».

Tres o cuatro meses después, en un antro de la policía de Praga perecía el propio Dr. Teply «víctima de una inyección infectada». Era la réplica a sus denuncias.

\* \* \*

Según datos oficiales quedan 46.000 personas de los 5.000.000 de desplazados con motivo de la última guerra. Las restantes han sido reintegradas a sus países de origen o bien instaladas en los países de emigración por la I.R.O. A las 46.000 restantes se les llama simplemente «residuo».

La I.R.O. ha terminado su misión con el año 1951, legando este «residuo» a un Gobierno (Alemania) que no sabe a ciencia cierta qué hacer con él. Lo forman en su mayor parte eslavos a quienes espera un incierto futuro: la caridad del Gobierno en cuyas manos han sido abandonados.

Los «indeseables» se hallan apiñados en 104 campos de concentración, sin acceso posible a la vida normal. Uno de los campos es el de Augustdorf (en Westfalia). Hay allí 1.800 personas atacadas en gran parte de tuberculosis. A través del siguiente ejemplo puede apreciarse la clase de porvenir que aguarda a los más de estos infortunados.

En uno de estos campos vegeta la familia Sokolowski, procedente de Polonia país que abandonó huyendo del ejército rojo. Jan, el jefe de la familia, encontró ocupación por algún tiempo como ferroviario. Más tarde quedó sin trabajo. Durante siete años ha ido Sokolowski de campo en campo, con su mujer y sus cuatro hijos: Olga, Roman, Irene y Eugenia, de 19, 18, 16 y 15 años respectivamente. Jan tuvo recientemente oportunidad de embarcar para los EE. UU. Todo estaba dispuesto y faltaba solamente la revisión sanitaria. Los rayos X señalaron en Olga una caverna pulmonar. Resultado: tuberculosis activa que es igual a inevituable.

El caso Sokolowski no es un caso aislado. Un examen clínico-burocrático es exigido por los Gobiernos más generosos, quienes excluyen como emigrantes a los físicamente tarados y a los políticamente sospechosos. Los candidatos a la emigración son tratados como animales; se les revisa escrupulosamente la dentadura y el cuerpo. Resultado del examen: algunos son inaptos para el trabajo, otros moral-



mente indeseables. Figuran entre estos últimos los que tuvieron la debilidad de robar un pan o un poco de carbón durante el terrible invierno de 1946. Los ex-comunistas son igualmente ladeados. Los antecedentes equívocos no tienen justificación y se toman cuidadosamente en cuenta.

Muchos de estos proscritos son atacados por la apatía desarrollándose en ellos un cierto apego a la vida concentracionaria; a la casa, a la luz, a los alimentos y calor de esta beneficencia, desapareciendo en ellos el sentido de libertad y dignidad.

Durante y después de la guerra estos «indeseables» penetraron en Alemania ola tras ola, algunos a título de esclavos de Hitler y con destino al trabajo forzado; otros voluntariamente, ganosos de buenos empleos; otros huyendo simplemente de los países invadidos por el ejército rojo.

Otra de las olas estuvo formada por alemanes étnicos. Los Tres Grandes, reunidos en Potsdam, les autorizaron a regresar a Alemania desde los países en los cuales constituyeron minorías nacionales: en Polonia, Checoslovaquia y Hungría. Totalizaban unos ocho millones de personas. Se unieron a estos Volksdeutsche los fugitivos alemanes de la Prusia Oriental.

En 1946, con motivo de un pogrom que tuvo lugar en Polonia, cien mil judíos pasaron a Alemania. Y a partir de la intervención de Stalin en Checoslovaquia una nueva ola humana empezó a moverse a través de la Cortina de Hierro: los que «escogían la libertad». Algunos de éstos han sido absorbidos. Los sionistas se hicieron cargo de muchos judíos, y los alemanes, cuya economía empieza a despertar, han absorbido los ocho millones de Volksdeutsche así como el millón de prusianos. También a muchos de los primitivos refugiados y a no pocos de los que siguen perforando la Cortina de Hierro.

La I.R.O. fué creada en 1946 por las Naciones Unidas. He reintegrado a sus países de origen a 3.500.000 personas desplazadas y un millón de ellas fueron establecidas en 70 países diferentes. Los EE. UU. pretenden haber absorbido 300.000. Para reemplazar a la I.R.O. una conferencia de 23 naciones han decidido montar una organización que pasará a hacerse cargo de la flota de emigración contratada por la I.R.O. Pero esta organización se dedicará solamente a la descongestión del excedente de población existente en algunos países, tales como Italia.

Finalmente, las Naciones Unidas tienen al respecto dos problemas crónicos a resolver: el de los perforadores de la Cortina de Hierro y el del residuo de indeseables. A los fugitivos del paraíso soviético se les interna en el campo de concentración de Valka, cerca de Nuremberg, en espera de que los que tengan las «manos duras» puedan ser absorbidos. Sin embargo no se hace nada con respecto a los otros, si no es tomar las precauciones necesarias para sacudirse de encima este engorroso problema de los refugiados. Por de pronto «Radio Europa Libre» ha suspendido las emisiones que iban destinadas a los pueblos oprimidos de allende la Cortina de Hierro y que tenía por objeto incitarles a la deserción.

Escoger la libertad va siendo un riesgo bajo muchos puntos de vista.

\* \* \*

La producción de acero en Europa, según la Comisión Económica de las Naciones Unidas, se en-

cuentra a una altura límite en Europa. La producción de los EE. UU. en 1951 fué de 95 1/2 millones. 58 millones de toneladas métricas fueron producidos en los países no comunistas: Alemania Occidental, más del 12 %; Francia, más del 13 %; el Sarre, más del 40 %. Inglaterra, el país mayor productor de acero de Europa ha descendido por debajo de su rendimiento de 1950, a causa de escasez de chatarra y de «coke».

Se estima que Alemania del Este ha aumentado en 52 % la producción de acero de la Rusia Soviética que era ya de un 15 %. Añadida a la producción soviética (estimada en 31.3 millones de toneladas) la de toda la Europa del Este, los totales serían: Bloque soviético: 41 millones de toneladas. Bloque occidental: 58 millones.

\* \* \*

Los EE. UU. acaban de cerrar los libros de cuentas del famoso Plan Marshall. En 45 meses de E.C.A. han invertido aquéllos doce mil millones de dólares, en concepto de socorro a los heridos de guerra europeos, para alimento de las industrias de todas suertes y en concepto de ayuda a los Gobiernos de Europa y Asia.

Según los yanquis, los grandes beneficiarios son los siguientes países:

Inglaterra, con 2,8 billones de dólares (1)			
Francia	» 2,3	»	»
Alemania	» 1,3	»	»
Italia	» 1,3	»	»
Holanda	» 1,0	»	»

Los países asiáticos recibieron un billón (mil millones) aproximadamente de dólares. Sin embargo, la E.C.A. ha terminado su función. Las inversiones harán ahora bajo nuevo nombre y con nuevos propósitos. El anagrama de la nueva organización es M.S.A. (Mutual Security Agency). La clave de la M.S.A. es la «seguridad», la de la E.C.A. fué el vocablo «económica». En 1952 la M.S.A. invertirá 6.000.000 de dólares en armas con destino a Europa. Los contribuyentes americanos acusarán fuertemente la diferencia de esta metamorfosis. Los trabajadores todavía más.

\* \* \*

Hace miles de años, los indios del Imperio incaico descubrieron que las aguas de la costa peruana eran un rico recurso económico. Las más finas especies de pescado eran atraídas del Pacífico por los procedimientos de pesca más elementales y transportadas a los mercados de los Altos Andes. La pesca era acarreada por relevo de transportistas pedestres hasta el mismo Cuzco, capital entonces del Imperio. Pero esta actividad comercial quedó paralizada con la llegada de los conquistadores españoles, interesados éstos más bien en la búsqueda del oro y otros metales preciosos. Los tesoros del mar quedaron olvidados.

La segunda guerra mundial produjo una escasez de carne en los Estados Unidos y estimuló al mismo tiempo la demanda de productos pesqueros. Ha-

(1) En EE.UU., como en Francia, un billón son solamente mil millones.



bia que descartar los regulares abastecimientos de aquellos mares controlados o amenazados por las escuadras de guerra del Japón. Por otra parte, los pescadores, con sus respectivas flotas de altura, habían sido absorbidos por la Armada norteamericana. Y en busca de nuevas fuentes de abastecimiento las atenciones se desviaron hacia el Pacífico-Sur, donde la fría corriente marítima denominada de Humboldt, procedente del Artántico, es de una riqueza natural pesquera.

Los norteamericanos trasladaron hacia la Costa Occidental a sus expertos en esta materia, así como toda suerte de embarcaciones necesarias. Y el Perú se convirtió no solamente en un abastecedor de primeras materias y mano de obra, sino en una potente industria conservera americana. Diez y siete millones de dólares fueron invertidos por el capital privado en esta industria, que ponía en movimiento a tres mil unidades pesqueras y 49 fábricas

conserveras. Entre pescadores, portuarios, calafates, conserveros y transportistas se vienen empleando alrededor de quince mil obreros. Unas sesenta mil personas reciben un beneficio más o menos directo. El 90 % del consumo de atún en conserva ha doblado en los EE.UU. gracias a las aguas del Perú que producen el 9 % de aquella cifra. La pesquera es la más nueva y menos conocida industria peruana y una de las más ricas.

Pero actualmente una de las preocupaciones del Gobierno peruano es la invasión de sus costas por los pesqueros norteamericanos. La prensa clama por la soberanía nacional y por el respeto a las aguas jurisdiccionales que, según los mismos periódicos, se extiende hasta 200 millas de la costa. Se clama, también, contra el aumento por los EE. UU. de la tarifa de importación de la conserva de atún, elevada de 22,5 % a 45 %. La situación contribuye a enfriar las relaciones entre ambos países.



El Estado no ha sido jamás, ni puede ser, factor de progreso en el orden económico y social. Si llega —raramente— a intervenir para consolidar uno de esos progresos, no lo hace sino bajo el esfuerzo perseverante y tenaz de los futuros interesados. Si se trata de las leyes llamadas de protección con respecto al proletario, el Estado sabe tomar disposiciones a fin de atenuar sus efectos. Añadamos que si, a pesar de su insuficiencia, esas leyes reciben una ligera aplicación, es a consecuencia de la buena voluntad del patrono o de la presión ejercida sobre él por la organización obrera.

La ley sobre los accidentes del trabajo no recibe jamás su aplicación de la buena voluntad del juez; el accidentado, si no tiene cerca de él un defensor escrupuloso, que conozca bien las disposiciones de la ley, será perjudicado. Pero que las Compañías de Seguros se dispensen de recurrir a un consejero: el magistrado le sustituirá y se esforzará en juzgar en el sentido favorable a la Compañía.

Si se trata de las leyes llamadas de libertad, el Estado interviene para reducir, reglamentándolo, el uso de la libertad.

Si se trata de la obligación que pesa sobre el obrero explotado de rebelarse por la huelga en vista de reducir esa explotación y para extender sus ganancias, el Estado interviene para decretar reglas que son otros tantos obstáculos al ejercicio del derecho de huelga, y establecer penalidades únicamente dirigidas contra el productor. Este debe respetar, bajo pena de prisión, el «derecho» del patrono a hacer trabajar a quien bien le parezca, y como le parezca, pero el patrono no tiene ningún «deber» que cumplir frente al obrero.

Si se trata del derecho de hablar y de escribir, el Estado interviene para limitar, reducir ese derecho. Está prohibido pensar contrariamente a la ley del Estado. Toda manifestación desaprobada o prohi-

bida por él es reprimida y castigada. Porque el asalariado debe tener fe en los preceptos del Estado, debe admirar, respetar las instituciones sobre las cuales el Estado reposa: ejército, magistratura, policía, etc. Y del mismo modo que la Iglesia dice que el hombre debe creer en Dios y en ella, el Estado dice que es preciso creer en él y en sus instituciones: está, pues, prohibido hablar y escribir contra él y contra ellas.

Si se trata del derecho de asociación, es decir, del derecho que tienen los individuos a entenderse y a concertarse, el Estado interviene también, siempre para reglamentar ese derecho: para fijar las atribuciones que elige él mismo, para limitar las condiciones, para determinar los poderes de la asociación: atribuciones, condiciones, poderes que la agrupación debe respetar.

Todo lo que, en el dominio social, por las condiciones de trabajo y de vida del obrero, impulsa a éste, como un deber, a resistir, a luchar por su propia salvaguardia, es embargado, reglamentado, reducido, limitado, decidido por el Estado. De suerte que el obrero debe pensar, obrar, luchar, trabajar según las reglas restrictivas del Estado.

No hay una regla decretada por el Estado que no viole el derecho que tiene el obrero a trabajar por su emancipación y que no tenga por fin reducir el Estado las prerrogativas, las garantías, las libertades que se concede al productor. ¿Por qué? Porque es preciso para la vida, para la seguridad del Estado, que el asalariado sea en todo instante el súbdito, el gobernado del Estado.

No, digase lo que se diga, el Estado es un factor de opresión; y todas las actitudes de aspecto liberal que toma son otros tantos ardidés para distraer, para engañar a fin de triunfar mejor.

V. GRIFFUELHES.



*Poetas de Ayer  
y de Hoy*



**A EJEMPLO  
DE LOS ARBOLES  
DESNUDOS...**

No es el otoño, no, quien a los árboles  
arrebata sus hojas, que son ellos,  
son los árboles mismos quienes ceden  
sus hojas a los vientos...

Los árboles desdeñan  
la estéril pompa del follaje muerto,  
y, con austeridad, aguardan  
desnudos los rigores del invierno.

¡Saben que sólo así la primavera  
los vestirá de nuevo!

Alma mía: estos árboles desnudos  
sean para tí ejemplo.

Renuncia, como ellos, a lo vano;  
despójate, como ellos, de lo viejo.

Si en tí muere una idea, para siempre  
arráncala de tí y échala al viento.

¡Porque son los cadáveres de ideas  
la estéril pompa del follaje muerto!

No finjas pensamientos que no pienses,  
no sientas con fingidos sentimientos.

Antes que así, desnuda,  
resiste los rigores del invierno.

¡Que al cabo tornará la primavera  
y a tí también te vestirá de nuevo!

Enrique RUIZ DE LA SERNA.





## Nuestra Portada



Trabajo. La alucinación, el desespero del trabajo. El artista ha sorprendido, con mirar preciso, al desheredado incurso en la maldición del trabajo.

«Ganarás el pan con el sudor de tu rostro». Ganarás con sudor propio el bienestar y la abundancia ajenos, que tu pan y el de tus hijos es lo de menos. La sociedad tiene sus bases—falsas, pero bases—y exige sean respetadas; que el desposeído produzca intensivamente, dolorosamente, en fondo sombrío, en aguafuerte de pesadilla.

Para los que cenan dos veces, la vida infernal de los trabajadores sigue desconocida. No así para el artista verdadero.

# CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA  
Y LITERATURA

x

Comisión de Redacción: Fontaura, Peirats, Ferrer.

Administrador: J. Cazorla. — 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).